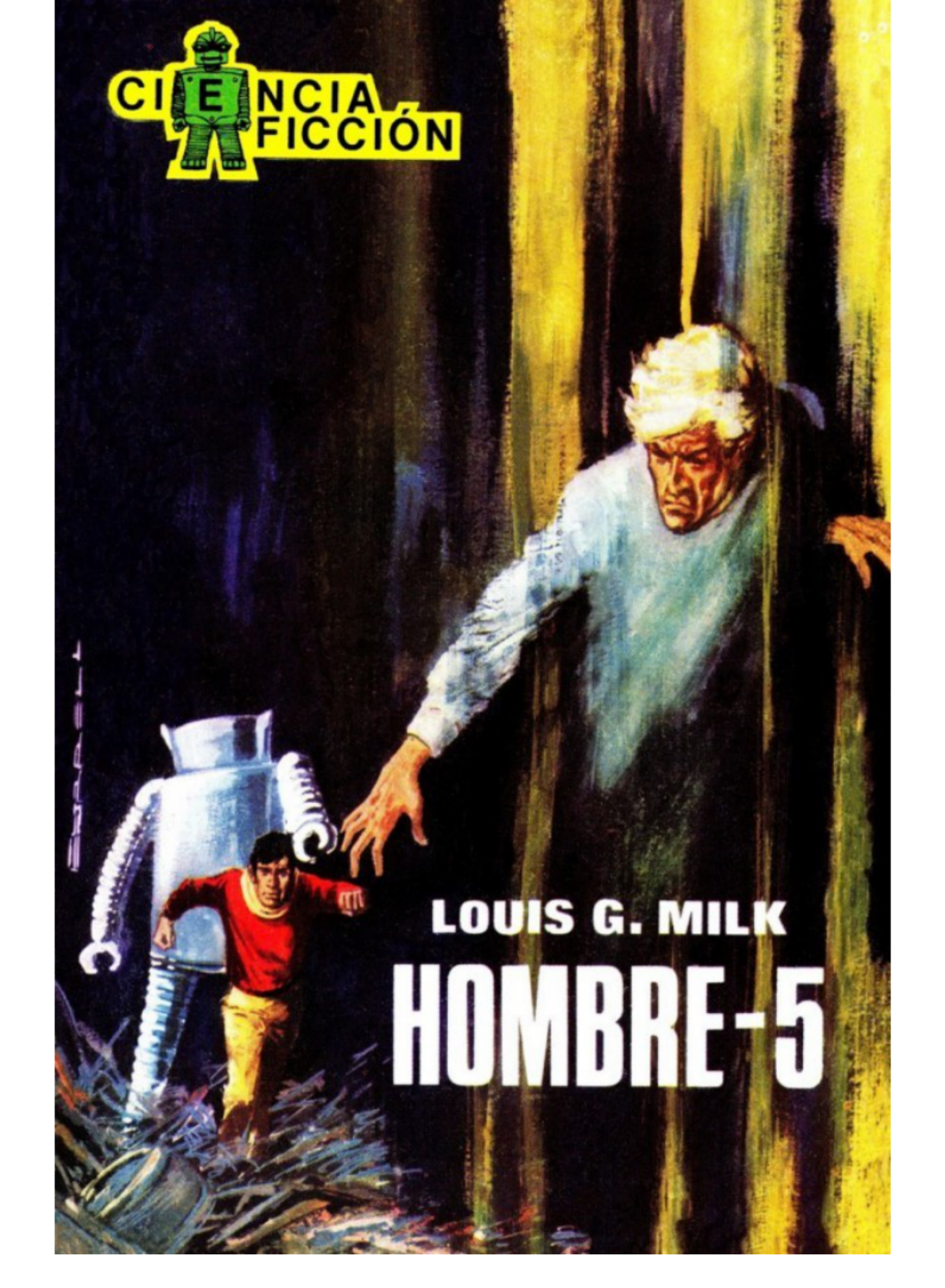

CIENCIA FICCIÓN
LOUIS G. MILK
HOMBRE-5

LOUIS G. MILK

HOMBRE - 5

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 **Dr. Julián Álvarez, 151**
Barcelona **Buenos**
Aires

Depósito Legal: B.25.130 - 1968

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo I

El hombre iba paseando tranquilamente por la calle cuando, de repente, lanzó un grito y cayó al suelo.

La gente se arremolinó a su alrededor. Una mujer chilló y se desmayó.

Se oyó el silbato de un policía. Los ojos de los espectadores contemplaban fascinados el pequeño orificio por donde salía la sangre de aquel cuerpo.

El agujero estaba en el pecho, a la altura del corazón. El policía llegó y empezó a apartar a los curiosos, para abrirse paso. Cuando vio al hombre muerto, soltó un taco muy poco acorde con el uniforme que vestía.

—¿Quién ha acuchillado a este hombre? —preguntó.

Era una pregunta tonta, naturalmente. Aparte de que nadie había visto al asesino, éste no iba a ser tan estúpido como para quedarse en el lugar del suceso.

Se oyó el alarido de la sirena de una ambulancia. Acudieron más policías. La rutina natural en aquellos casos.

Sólo que aquél no era un caso de rutina.

* * *

Lex Gard leyó la noticia aquella noche en el diario televisado, en su casa, y torció el gesto.

—Hombre, ahora que yo tenía que entrevistarme con él —dijo quejumbrosamente. Luego se reprochó a sí mismo el egoísmo que demostraba al no dedicar una palabra de condolencia hacia el asesinado.

Lex Gard era un hombre joven, de unos treinta y dos años, fuerte, de figura atlética, aunque no un gigante. Su estatura era más bien corriente, pues no llegaba a los ciento ochenta centímetros. Sin embargo, había en él una especie de aura personal que le hacía destacar inmediatamente en cualquier parte que se encontrase.

Ejercía varias profesiones: ilustrador de revistas, abogado cuando encontraba algún pleito atractivo y médico. Era una especie de sabelotodo, aunque como él mismo decía, no sabía nada. Pero poseía un optimismo a prueba de bomba, que contagiaba a cuantos estaban a su alrededor, y una simpatía irresistible... cuyos efectos se notaban principalmente en las mujeres.

Lex Gard no era un conquistador, sino un conquistado... perpetuo. Él no iba a la montaña; la montaña iba a él.

—Lo siento por el pobre Raymond Chandford —dijo. Así se llamaba el

muerto.

Luego, siguió leyendo detalles del suceso. Nadie había visto al asesino ni tampoco había sido hallada el arma homicida. Lo curioso del caso era que, en aquellos momentos, aunque Chandford iba caminando por la acera y había bastante gente, no se le había acercado lo suficiente como para sospechar de él como asesino.

Resumiendo: En el momento de caer, la persona más próxima a Chandford estaba, como mínimo, a cuatro o cinco metros de distancia.

Las declaraciones de los testigos al respecto eran contundentes. No menos contundentes era el informe forense: «Muerte por herida inciso punzante, que interesa el ventrículo izquierdo, con abundante hemorragia y paralización casi instantánea de la víscera cardíaca».

—Más claro —gruñó Lex—; le han partido el corazón.

Apagó la máquina lectora. Compraría un periódico luego. Lo que aparecía en la pantalla no era sino un resumen de las principales noticias. Los periódicos seguían viéndose todavía, y en abundancia, en aquella segunda mitad del siglo xxi.

Lanzó una mirada a su mesa de trabajo. Tenía una portada a medio hacer, pero no sentía ganas de trabajar. Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta de su apartamiento. Momentos después, estaba en la calle.

Lex residía en un barrio relativamente apartado, de calles amplias y tranquilas. Ciertamente, las casas eran de muchos pisos, pero por allí no pasaban las autopistas elevadas que, en el centro de la ciudad, constituían una auténtica pesadilla.

Aquel barrio, aun dentro de la modernidad de sus edificios, tenía un aspecto de relativa antigüedad que le prestaba un singular encanto. A Lex le gustaba mucho; había plazas pequeñas, con jardincitos y surtidores, y calles por las que jamás pasaba un vehículo.

Era una delicia vivir allí. Muchas noches, cuando hacía buen tiempo, Lex salía a pasear. Se descargaba la mente de preocupaciones y concebía nuevas ideas para sus ilustraciones.

Dobló la próxima esquina y se adentró en una calle relativamente estrecha. Había faroles a intervalos regulares, faroles auténticos fabricados ciento cincuenta años antes, nada de brazos más o menos futuristas surgiendo de los muros del edificio. La calle, iluminada de tal manera, parecía una estampa del siglo pasado.

Lex solía tomar una copa en una taberna llamada, paradójicamente y por un raro humorismo de su dueño, «El Descanso de los Vagos». Lex había sostenido más de una discusión con Mac, el propietario. Si los vagos no trabajaban, decía el joven, ¿cómo podían sentirse cansados?

—Cansados de ver cómo trabajan los demás —decía Mac, que era un socarrón de tomo y lomo—. Yo, cuando veo a esos tipos que se pasan todo

el día yendo de un sitio para otro, afanados en ganarse un dólar más, ahogándose con sus problemas, sin tiempo para en pensar en otra cosa que no sea el maldito dinero, es que me tengo que sentar o me pongo malo. Ahora, imagínese un vago profesional...

Mac era todo un filósofo. A Lex le gustaba mucho conversar con el dueño de «El Descanso de los Vagos».

Cerca de la taberna había un farol. Apoyada en el farol, había una mujer.

Lex pudo apreciar que era de buena estatura y muy esbelta, aunque no delgada en modo alguno. Una de las cosas que más le extrañó fue su frondosísima cabellera.

Lex no había visto nunca una cosa semejante, a no ser en dibujos o grabados antiguos, o en representaciones teatrales o filmadas. Era la primera vez que veía una cabellera que llegase auténticamente hasta la cintura.

Era una espesa mata de cabello color rojo oscuro, sedoso, brillante, cuidado con esmero, pero peinado sólo lo justo para evitar nudos o enredos debidos precisamente a la misma longitud de los cabellos. Cada hebra pendía paralelamente a la contigua, sin entrelazarse con ninguna. Era una visión encantadora, sobre todo, si se consideraba el resto de la figura.

Ella vestía una especie de peto de trabajo, aunque claramente se veía que era un traje de diseño audaz y antiguo al mismo tiempo. Los tirantes sostenían la pechera y se unían por detrás de la nuca. Los pantalones eran cortos, ajustados a unas caderas esbeltas, pero que resaltaban una neta femineidad. La piel era muy blanca y sus pies estaban calzados con unas sandalias que, prácticamente, no eran sino unas suelas, sujetas a la pierna por unas delgadas tiras de cuero.

En el brazo izquierdo llevaba un bolso. Hombros y espalda quedaban al aire, aunque la espalda quedaba cubierta en su mayor parte por la cabellera. A Lex le habría gustado llevar lápiz y papel en aquel momento, para realizar un dibujo de la bella desconocida.

Pero luego se fijó en su postura y en el lugar en que se hallaba: apoyada en un farol. Ahogó un suspiro de decepción: la hermosa desconocida parecía ejercer una profesión femenina muy antigua.

—Está visto que uno no puede hacerse ilusiones hoy día —dijo.

Y entró en la taberna.

Mac le preparó uno de sus «especiales» apenas le vio cruzar el umbral.

—¿Qué tal/Lex? —le saludó, cuando el joven llegaba al mostrador.

—Ya puede ver, Mac; a descansar... de ver trabajar a los demás —sonrió el joven—. ¿Cómo va ese «especial»?

—Pruébelo —contestó Mac, poniéndole el vaso delante—, ¿Mucho trabajo?

—¡Psé! Podría tener algo más... si no fuese porque la persona a quien debía ver, ha muerto asesinada.

—¡Rayos! —dijo Mac, estupefacto—. ¿Quién es... era, mejor dicho?

—Un tal Raymond Chandford. ¿No ha leído el periódico, Mac?

—¡Ah, sí! —exclamó el tabernero—. Es ese crimen... bueno, que alguien le metió una puñalada y nadie le vio cómo lo hizo.

—Justamente, Mac.

El tabernero meneó la cabeza.

—Uno diría que le lanzaron el puñal, atado a una goma... y tiraron de él, después de partirle el corazón.

—Los testigos lo habrían visto en el acto —dijo Lex, tomando un sorbo de licor.

—Bueno, entonces fue que el asesino se le adelantó, le apuñaló y volvió atrás inmediatamente.

—¿Cómo, Mac? Nadie vio a un hombre correr primero y retroceder después. Y el arma tampoco ha aparecido.

Mac se encogió de hombros.

—Mala suerte para el tipo —dijo—. La policía se encargará de su asesino. Perdón, Lex.

El tabernero se separó del mostrador. Lex le oyó murmurar entre dientes, al tiempo de dirigirse hacia el extremo donde tenía la salida: «Vaya gachí de aúpa». Ello le hizo volver la cabeza maquinalmente.

Lex contuvo un gesto de sorpresa. La bella desconocida de los cabellos largos acababa de entrar en la taberna.

Permaneció a pocos pasos del umbral, inmóvil, con expresión indecisa, como si buscase a alguien. Lex se dio cuenta entonces de que tenía los ojos verdes más profundos y rasgados que jamás había visto.

Inmediatamente le dio un apodo: «Cabellos Largos». Ella mantenía el bolso apretado contra su pecho, como si guardase algo interesante. De pronto avanzó a una mesa y se sentó al lado.

Mac se le acercó. Ella murmuró algo brevemente. Mac asintió.

«Cabellos Largos» puso el bolso sobre la mesa, aunque sin soltarlo. Mac empezó a manipular con la cafetera.

—Hermosa mujer, ¿eh, Lex? —murmuró a media voz.

—Tiene un tipo sensacional —admitió el joven.

—Sería una estupenda modelo para usted —dijo el tabernero—. ¿Por qué no se lo propone? Me da la sensación de que no rechazaría una sustanciosa gratificación por unas cuantas sesiones de «posse».

—¿La conoce usted, Mac?

—No. Nunca. Es la primera vez que la veo.

Mac llenó la taza y se dirigió hacia la mesa ocupada por «Cabellos Largos». Lex empezó a considerar la sugerencia del tabernero.

Ella tomó el café lentamente, sin prisas. De pronto, entró un hombre y tras unos segundos de examen del interior de la taberna, se dirigió rectamente hacia la mesa ocupada por «Cabellos Largos».

Lex estudió atentamente al individuo. Era un tipo membrudo, de facciones bastas y duras, ojos penetrantes y nariz un tanto ganchuda. Habló brevemente con la joven y ella asintió.

«Cabellos Largos» abrió su bolso y extrajo de su interior un paquete envuelto en papel encerado, de forma alargada y de un grosor de varios centímetros. Las dimensiones del paquete eran altamente reveladoras.

—«Pasta» —dijo Mac a media voz.

—Varios miles —convino Lex.

—Hay tipos con suerte desde que nacen —se quejó el tabernero—. Para ganar todo lo que hay en ese paquete, yo tendría que estar trabajando toda mi vida y me faltarían años.

—En cambio, ese tipo llega y, ¡zas!, se apropia de una bonita suma en un santiamén —sonrió Lex.

—Sí, es lo que dice el refrán: «Más vale caer en gracia...». Pero ella es tonta de remate.

—Muchas mujeres lo son —suspiró Lex. Puso una moneda sobre el mostrador—. Mac, quiero contribuir a que un día pueda formar un paquete como el que se va a llevar ese pajarraco.

—Los progresos de la ciencia médica son grandes hoy día, pero dudo mucho de vivir ciento cincuenta años. Y es lo menos que necesitaría para...

El hombre que estaba con «Cabellos Largos» se levantó y salió a la calle. Lex vio que ella bajaba la cabeza unos momentos.

Parecía bastante alterada. Lex pudo observarlo en una respiración rápida, afanosa, que hacía mover su busto con agitados vaivenes. Al cabo de unos minutos, «Cabellos Largos» puso unas monedas sobre la mesa, se levantó y salió a la calle.

—¿No quiere socorrer a una doncella desvalida en apuros, Lex? —preguntó Mac con sorna.

—Si lo intentase, ella me mandaría a freír espárragos. Y haría muy bien —contestó Lex—. Mac, buenas noches.

—Buenas noches, Lex.

El joven salió a la calle. Miró en todas direcciones.

La bella desconocida había desaparecido. Sin saber por qué, Lex se sintió defraudado.

Capítulo II

A la mañana siguiente, Lex leyó en los periódicos una noticia extraña e interesante al mismo tiempo.

Durante la noche pasada alguien, se desconocía su identidad, había penetrado en la *morgue*, donde estaba depositado el cadáver de Chandford. Con diabólica habilidad, había aserrado los huesos del cráneo, levantando la parte superior y llevándose el cerebro del difunto.

Lex se quedó boquiabierto. ¿Para qué querían el cerebro de Chandford?, se preguntó.

Algún maniático afecto a prácticas de necrofilia, pensó. O tal vez un estudioso que quería diseccionar el cerebro del que había sido un notable científico y hacer un estudio de sus células y circunvoluciones. Pero en aquel momento Lex recibió una llamada urgente de un editor, que le pedía una portada para el próximo número de la revista, y Lex dejó de lado aquel misterioso suceso.

El editor le indicó la idea aproximada. Lex asintió.

Inmediatamente se puso al trabajo. Estuvo todo el día inclinado sobre el tablero de dibujo.

Cuando terminó contempló su obra, satisfecho. Le había salido una portada maravillosa.

De repente, Lex sintió asombro de sí mismo. Tenía buena retentiva, como todo artista, pero que aquello que había hecho superaba a todo lo realizado en el pasado.

«Cabellos Largos» se veía vividamente reproducida en el dibujo, con tanta fidelidad como si hubiera estado posando para él. Lex no comprendía a qué se debía una cosa semejante.

—Cualquiera diría que ella ha estado guiando mi mano —se dijo.

Sin embargo, había una cierta diferencia entre la joven que él había visto y la que ahora estaba reproducida en el original de la portada.

La diferencia estribaba en la indumentaria. Lex la había dibujado vistiendo una especie de túnica blanco—rosada, de gasa, que dejaba los brazos al descubierto, descalza de pie y pierna, sentada sobre una roca musgosa al borde de un arroyo, como una ninfa de los bosques. Pero el rostro, y la expresión también, de una dulce serenidad y una atrayente melancolía, eran de una fidelidad absoluta.

Entonces, se le ocurrió una idea. Buscó su cámara fotográfica, acopló el «flash» y tomó un par de placas. Luego, cansado, se fue a descansar a la taberna de su amigo.

La portada tuvo un gran éxito y fue el motivo de que Lex recibiera varios encargos más. Durante las semanas que siguieron, el joven estuvo

sumamente atareado, hasta el punto de que apenas pisaba la calle excepto para ir y venir a «El Descanso de los Vagos» un rato cada noche.

Unos días después de publicada la portada, Lex, puntualmente, como todos los días después del trabajo, se encaminó a la taberna de su amigo. Mac le recibió con la revista en la mano, lleno de entusiasmo por la obra artística realizada.

—Es lo mejor que le he visto nunca, Lex —alabó—. ¿Consiguió que la chica posara para usted?

Lex se sorprendió por aquella pregunta.

—No, Mac; la hice de memoria respondió.

—Pues tiene usted una memoria fabulosa. Yo la he reconocido inmediatamente y eso que sólo la había visto una vez.

Lex sonrió.

—Es que basta verla una vez, para no olvidarla jamás, Mac —dijo.

—Eso sí es cierto —suspiró el tabernero—. Si yo tuviera veinte años menos, como usted...

—Vamos, vamos, no se queje, Mac. Usted tiene una esposa muy bonita...

Lex se calló. Mac tenía los ojos fijos, muy abiertos, en un punto situado a sus espaldas.

El joven se volvió lentamente. Antes de ver nada, ya sabía cuáles eran los motivos del asombro de su amigo.

«Cabellos Largos» estaba nuevamente en la taberna. Ahora vestía de un modo distinto, no menos elegante, una especie de túnica de mangas cortas y amplias cuyo borde inferior le llegaba a veinte centímetros de las rodillas, de color amarillo rabioso, con grandes orlas rojas y doradas. Era un diseño audaz, pero parecía en ella algo completamente natural, que no resultaba estridente en modo alguno.

La joven se sentó a una mesa. El bolso que llevaba hacía juego con su vestido.

Mac tocó en el brazo a Lex.

—Vamos, acérquese y hable con ella —susurró.

Lex vaciló. La joven le atraía y le causaba respeto al mismo tiempo.

Mac salió del mostrador y se acercó a «Cabellos Largos». Ella dijo algo. Mac asintió y regresó a la cafetera.

—Está muy sola, Lex —dijo con sorna.

El joven asintió.

—Esperaré un poco —contestó.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Mac vio entrar en la taberna el mismo individuo de la vez anterior.

«Cara de Piedra», así le había apodado Lex en su interior, se sentó frente a «Cabellos Largos». El hombre dijo algo y ella movió la cabeza

negativamente.

«Cara de Piedra» insistió. Ella volvió a negar. «Cara de Piedra» pegó un puñetazo en la mesa, justo en el momento en que Mac llegaba con una segunda taza de café.

—Oiga, amigo... —empezó a protestar.

—¡Lárguese! —dijo el sujeto, sin mirarle siquiera.

—No me gustan los tipos mal educados en mi casa —gruñó Mac belicosamente.

«Cara de Piedra» se levantó. De súbito, sin pronunciar una sola palabra, disparó el puño y derribó a Mac.

Ella se puso en pie, a la vez que lanzaba un corto grito. «Cara de Piedra» la miró torvamente y luego, sin más, se dirigió hacia la salida.

Entonces fue cuando sintió que le tocaban en el hombro.

—Oiga, no se vaya tan rápido —dijo Lex,

«Cara de Piedra» giró en redondo.

—¿Le sucede algo, mequetrefe? —preguntó en tono insultante.

—Sucede que ha pegado a Mac, que es buen amigo mío. Quiero que le presente sus disculpas, eso es todo —respondió Lex serenamente.

Una débil sonrisa se formó en los labios del hombre. De pronto, y como había hecho con el tabernero, disparó su puño.

Esta vez falló. Lex era más ágil que Mac.

El brazo de «Cara de Piedra» se alargó en vano. Lex dio un paso atrás a la vez que giraba un cuarto de vuelta. No intentó golpear el rostro de un sujeto que era tremendamente fornido. Empleó un truco nada limpio.

El brazo de «Cara de Piedra» estaba todavía horizontal, cuando su mano, de filo, le golpeó duramente en la coyuntura, por la parte interna del codo. El brazo osciló como un látigo, arriba y abajo, mientras su dueño lanzaba un aullido de dolor.

«Cara de Piedra» se tambaleó. Lex agarró una silla, dispuesto a rompérsela en la cabeza si el sujeto atacaba de nuevo.

Pero no ocurrió nada de lo que temía. Inesperadamente, el hombre dio media vuelta y escapó corriendo, en medio de la estupefacción de todos los presentes.

Lex sonrió ligeramente. Mac se sentaba ya en el suelo, tanteándose la mandíbula con la mano. Un par de clientes le ayudaron a ponerse en pie.

—¡Rayos! —dijo el tabernero—. ¿Qué tenía al final del brazo, un puño o un martillo de picapedrero?

Lex no hizo mucho caso de su amigo. «Cabellos Largos» estaba todavía ante la mesa, aunque ya se había puesto en pie.

—Señorita, si puedo serle útil en algo —se ofreció.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Gracias —contestó—. No es necesario.

Depositó unas monedas sobre la mesa y se encaminó a la salida. Lex se emparejó con ella.

—La acompañaré a su casa —dijo—. Me disgustaría mucho que ese rufián volviese a molestarla.

Ella vaciló.

—Por favor, déjeme sola —rogó.

Estaba muy nerviosa, advirtió Lex. Ello le acicateó más todavía.

—Créame, soy sincero —dijo—. Sólo deseo ayudarla. Está en un grave apuro, ¿no es cierto?

«Cabellos Largos» hizo un rápido signo de asentimiento.

—Pero no es un problema que usted pueda resolver —contestó. Y cruzó el umbral.

—Si no me lo explica, no podré resolvérselo de ninguna manera —insistió él.

Ya estaban en la calle. Lex siguió hablando:

—Por favor, señorita... Ni siquiera sé su nombre...

De repente, ocurrió algo extrañísimo. Ella estaba junto a Lex. Un segundo después, se encontraba a cien metros de distancia.

Lex se quedó boquiabierto. ¿Estaba despierto? ¿Soñaba?

La figura de «Cabellos Largos» se alejó de golpe otros cien metros. Luego desapareció.

Lex entró en la taberna tambaleándose. Apenas oyó los excitados comentarios que sonaban por todas partes, provocados por la violenta actitud de «Cara de Piedra».

Se acercó al mostrador. Mac se afanaba en servir a los clientes. El incidente parecía haber despertado una sed extraordinaria en todos los concurrentes.

—Mac —dijo el joven—, ¿había algún ingrediente nuevo en el «especial» de costumbre?

—Ninguno, Lex —contestó el tabernero, asombrado—. ¿Por qué lo pregunta?

Lex agitó la mano.

—Póngame otro, Mac. Y cárguelo bien; siento que lo estoy necesitando.

Al cabo de unos minutos, Mac pudo acodarse en el mostrador frente al joven. Sonreía maliciosamente.

—Y bien, dígame ahora qué tal se le ha dado. Es guapa de veras, ¿eh?

Lex miró a su amigo.

—Mac, ¿estamos seguros de que «Cabellos Largos» es una mujer de carne y hueso?

Mac pegó un respingo.

—¡Lex, que sólo ha tomado dos «especiales» y usted aguanta

fácilmente cuatro veces más! —rezongó.

El joven meneó la cabeza.

—No se trata de un problema alcohólico, Mac —dijo—. Si esa chica no es un fantasma, entonces es que yo estoy loco de remate.

El tabernero empezó a creer que sí, que Lex estaba loco.

Al día siguiente, Joe Brook, un dibujante amigo de Lex, le llamó para felicitarle por su portada.

—Es lo mejor que he visto en años —dijo Brook elogiosamente—. Pero lo que más me extraña es que hayas conseguido que esa chica pose para ti.

—¿Por qué lo dices, Joe? —preguntó Lex.

—Es la mujer más inaccesible que uno pueda imaginarse —respondió Brook—. Yo lo he intentado más de una vez y...

—¿Acaso la conoces? ¿Cómo se llama? —rugió Lex.

—Pues... sí, la conozco bastante. Se llama Myra Darben... pero no te puedo dar su número de teléfono. Es secreto y ya no vive donde vivía antes, así que tampoco te puedo facilitar ese dato. Aunque me figuro que no será necesario; si ha posado para ti debes de saberlo, ¿no es así?

Lex cortó la comunicación. ¡Myra Darben!, repitió mentalmente. Un nombre agradable... pero desconocía la identidad de su dueña. Y, lo que era peor, desconocía también su domicilio.

Capítulo III

Un individuo fue asesinado dos días después en plena calle y su muerte revistió los mismos caracteres de misterio que en el caso de Raymond Chandford.

Los medios de comunicación empezaron a hacer mucho ruido. En el caso de la radio y la T.V. no era ninguna metáfora. El ruido aumentó cuando se descubrió que el cerebro de Ivor Steany, que así se llamaba el asesinado, había sido robado de la misma forma que lo fuera el de Chandford.

Lex Gard acudió varias noches seguidas a «El Descanso de los Vagos», con la esperanza de hallar a la bella Myra Darben. Sus esperanzas se vieron frustradas noche tras noche. Una semana después, Myra continuaba sin aparecer.

Lex trabajaba, pero también se pasaba largas horas frente al retrato de Myra. Se preguntó una y otra vez cómo había logrado una tan asombrosa fidelidad en la reproducción de la cara de la joven. Era algo que no conseguía entender, por mucho que se esforzaba en ello.

Cierto día, cuando ya abandonaba toda idea de ver a Myra de nuevo, recibió la visita de un desconocido.

Leyó su tarjeta de visita. El nombre impreso era Art Kaldy.

Kaldy era un sujeto de pequeña estatura, casi calvo, con ojos saltones y aire socarrón. Lex no tenía la menor idea de los motivos que habían impulsado a Kaldy a visitarle.

Ofreció de beber a su visitante, pero éste se negó rotundamente.

—Seré breve, señor Gard —dijo Kaldy—. Mi visita está relacionada con una hermosa joven, llamada Myra Darben.

Lex procuró ocultar la emoción que le producían aquellas palabras. Sonrió ligeramente y dijo:

—¿Es usted pariente suyo?

Kaldy meneó la cabeza.

—Digamos más bien... amigo suyo. La aprecio mucho y me disgusta sobremanera que se reúna con determinadas personas, usted, por ejemplo.

Lex captó un oculto sentido de amenaza en aquellas palabras. Ello le hizo sentir una viva cólera, aunque procuró ocultarla tras una cortés sonrisa.

—Señor Kaldy, parece usted un padre anticuado de hace dos siglos, prohibiendo a su hija reunirse con el hombre que le agrada. ¿No cree que es una actitud desfasada, por no calificarla de otro modo más duro?

—Será mejor que no eche mis palabras en saco roto —dijo Kaldy sin inmutarse—. Por mi parte, eso es todo. Y ahora...

Kaldy se puso en pie y se aprestó para salir. Lex dijo:

—Aguarde un momento, señor Kaldy

El hombrecillo le contempló interesadamente.

Lex dijo:

—Como usted sabe, una de mis profesiones es la de dibujante. Tengo el proyecto de pintar unos frescos en el techo de mi estudio. Mire hacia arriba, por favor. ¿Qué le parece...?

Ingenuamente, Kaldy levantó la cabeza.

—Así, muy bien, su barbilla tiene ahora la posición adecuada para recibir las caricias de mi puño —sonrió Lex.

Sonó un «crack», seguido de un gruñido de dolor. Kaldy cayó de espaldas.

Cuando se despertó, estaba colgado por los pies de un montante del cuarto de baño. Gritó y pateó, hasta que vino Lex con un extraño objeto en las manos.

El joven sonrió.

—He leído algunas novelas del Oeste —dijo—. Los apaches tenían la mala costumbre de colgar a sus prisioneros cabeza abajo, sobre un fuego lento, y tostarles la cabeza. Esto que ve no es una hoguera de leña, pero sí produce llama. Es un infiernillo de alcohol y le quemará el poco pelo que aún le queda.

—¿Qué diablos pretende? —chilló Kaldy, perneando furiosamente—. Somos muy poderosos; le aplastaremos como a un insecto...

La cabeza de Kaldy quedaba a unos veinticinco centímetros del suelo. Impasible, Lex se arrodilló y colocó el infiernillo justo bajo su cráneo.

Luego se alejó, para volver a poco con una cerilla larga, tipo chimenea, ya encendida. Poniéndose en cuclillas frente a Kaldy, sonrió:

—Si tiene frío, puedo calentarle la cabeza —dijo—. ¿Dónde vive Myra Darben?

—No sé...

Lex acercó la llama a la mecha del infiernillo.

—¿Dónde vive Myra Darben? —preguntó, ahora ya en tono serio.

El rostro de Kaldy se contrajo de ira. Citó una dirección y gritó:

—¡Ahora, suélteme!

—No —contestó Lex—. Déme también su número telefónico. Quiero comprobar si es cierto lo que me ha dicho.

La cerilla se apagó. Lex la sustituyó por otra.

—Tengo el número anotado en mi agenda... —dijo Kaldy.

Lex le registró. Buscó en el casillero correspondiente a la «D» y encontró un nombre.

—¿Quién es Félix Darben? —preguntó.

—El padre de Myra... ¡Vamos, desáteme de una vez!

—Aguarde.

Lex se dirigió hacia el visófono. Marcó un número y esperó.

La pantalla se iluminó a poco, pero quedó en blanco. Era evidente que la persona que había al otro lado de la línea no quería dejar ver su rostro.

—¿Myra Darben? —preguntó Lex.

—Sí, yo misma. ¿Quién...?

Lex cortó la comunicación. Era suficiente.

Fue a la cocina y regresó armado con un cuchillo de espantable tamaño. Kaldy se asustó mucho al verle con el acero en la mano.

—¡Eh! —chilló—. No irá a degollarme...

—No será por falta de ganas —rió el joven. Y cortó las ligaduras que mantenían suspendido al hombrecillo.

Kaldy cayó de cabeza al suelo. Rodó a un lado y quedó unos momentos aturdido. Luego, penosamente, empezó a desatarse los tobillos.

Al cabo de un rato, se puso en pie. Lex, con una copa en la mano, sonreía irónicamente.

Kaldy se dirigió renqueando hacia la puerta.

—Tendrá noticias nuestras, se lo aseguro —dijo—. Sólo una vez, donde menos lo espere y cuando más desprevenido esté.

Lex frunció el ceño. ¿Qué clase de amenaza era aquella?

Dejó la copa a un lado y abrió la puerta.

—Por aquí se va a la calle —indicó sobriamente.

Kaldy avanzó dos pasos. De pronto, Lex dijo:

—¡Ah, olvidaba una cosa!

Y lanzó la agenda de Kaldy al otro lado del umbral.

Kaldy se inclinó para recoger la agenda.

—Lo mismo que mirar al techo, pero al revés —dijo Lex riendo, en el momento de poner en contacto su pie derecho con el final de la espalda de su corrido visitante.

Kaldy lanzó un aullido mientras rodaba por los suelos. Chocó contra la pared frontera del corredor y quedó encogido, lleno de un aturdimiento que le impedía reaccionar. Lex cerró la puerta con doble vuelta de llave y recobró su copa.

Por el momento, podía considerarse vencedor. Ciertamente, Kaldy no era ni con mucho un sujeto de la fortaleza de «Cara de Piedra». Pero no le cabía la menor duda de que era tan peligroso o más que el rufián de las facciones de granito.

Recordó las palabras de amenaza que había proferido Kaldy y se estremeció. «Donde menos lo espere...»

¿Iban a matarle como a Chandford y a Steany?

Lanzó un gruñido.

—No tendría ninguna gracia recibir una puñalada en el corazón,

caminando tranquilamente por la calle.

¿No había algún medio de evitar semejante amenaza?

Lo había. Y Lex se dispuso a ponerlo en práctica inmediatamente.

Actuó con tanta rapidez, que una hora más tarde, se sentía ya en condiciones de desafiar las amenazas de Kaldy. Al terminar, consultó la hora.

Le sobraba tiempo. Ahora conocía el domicilio de Myra Darben. Iría a verla.

Cuarenta minutos después, se detenía ante una puerta en la que había un nombre grabado en una placa de metal: T. Tynson. Lex parpadeó. ¿Le habían engañado?, se preguntó, invadido por el desconcierto.

A pesar de todo, llamó. Segundos después, notó que era observado a través de la mirilla.

La puerta se abrió. Myra le contempló desde el otro lado del umbral.

—Usted —dijo ella.

Lex sonrió.

—¿Le importa que pase? —preguntó.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Entre, por favor.

Lex cruzó el umbral. La casa estaba decorada con modestia. Le pareció que Myra debía de vivir en un ambiente mejor.

—¿Quién es ese T. Tynson que figura en la placa de la puerta? —preguntó.

—Un amigo de mi padre, ausente en estos momentos —respondió Myra—. Él nos... dejó su piso por un tiempo. ¿Para qué ha venido, señor...?

—Gard, Lex Gard —dijo el joven—. Deseo ayudarla, señorita Darben.

Myra vaciló mi momento.

—No creo que pueda hacer nada por nosotros —contestó.

—¿Ha dicho «nosotros»? —preguntó él.

—Mi padre y yo —aclaró la joven.

—Usted pagó hace tiempo una suma. Era un chantaje, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Myra, sorprendida.

—Hasta el más lerdo lo habría adivinado —dijo Lex, sonriendo—. ¿Me engaño?

Myra hizo un signo negativo.

—No, no se engaña. Pagué... por la vida de mi padre —murmuró con voz sorda.

Lex respingó.

—¿Tal vez piensan asesinarle?

—Sí. —De repente, Myra se sentó en una silla—. Lo peor de todo es que no veo cómo evitarlo.

—¿Dónde está ahora su padre? —preguntó Lex.

—Lo siento. Ni yo misma lo sé. Se ha escondido, después de que...

—Siga, por favor.

—Me exigieron más dinero. Entregué hasta el último céntimo. Dije que no tenía más y... Fue aquel día en que usted golpeó a Goggan.

—¿Se llama Goggan aquel tipo?

—Sí.

—Bien, pero, ¿por qué quieren matar a su padre?

Ella le miró afligidamente.

—Si se lo digo, no me creerá —respondió.

—Si no habla, no podré dudar —sonrió él.

—Quieren apoderarse de su cerebro.

Les recordó en el acto los asesinatos de Chandford y de Steany. Dos hombres habían sido asesinados misteriosamente y sus cerebros habían desaparecido luego no menos misteriosamente.

—Es decir, pagando sigue con vida —dijo.

—Sí, pero entonces tiene que decir lo que sabe. Y él no quiere.

—¿Por qué?

Myra se retorció las manos.

—Señor Gard, por favor, no puedo seguir hablando. No me haga más preguntas —rogó.

Lex hizo un gesto de asentimiento.

—Si lo prefiere... Pero quiero que sepa que trato de ayudarla con todo desinterés.

De pronto, reparó en la revista con su portada. Tomó la revista y se la enseñó a al joven.

—Es usted —dijo.

—Sí —Myra forzó una sonrisa—. El parecido es asombroso. Y me gusta mucho la indumentaria. Parece una estampa de épocas mitológicas.

—Lo extraño de todo es que la he reproducido a usted de memoria. Sólo la había visto una vez. Tengo una buena memoria... pero hay detalles que no se pueden reproducir, si no es la vista de la modelo. El color de los ojos, por ejemplo, el tono justo del cabello...

Ella le miraba de una forma singular. Lex se calló.

—Debe de haber una explicación para esto —dijo a poco.

—Lo siento...

—Y también hay una explicación para su fulminante manera de alejarse de mí.

—Excúseme, por favor.

Lex suspiró.

—No quiere seguir hablando —dijo. Lanzó la revista a un lado—. Muy bien.

Dejó una tarjeta sobre la mesita contigua al sillón que ocupaba Myra.

—Llámeme si me necesita, por favor —rogó—. Mis propósitos son sinceros.

—Lo sé. Gracias, señor Gard.

—Adiós, señorita Darben.

Capítulo IV

No se podía decir que Lex estuviese completamente satisfecho de lo conseguido hasta el momento, aunque, en cierto modo, se sentía contento de conocer el domicilio de Myra y de haber hablado con ella.

Myra estaba corriendo un grave peligro. Su padre también, y en mayor grado, porque había desaparecido y ella no había querido decirle dónde estaba escondido. De pronto, recordó un nombre: Goggan.

Así se llamaba el sujeto al cual había apodado «Cara de Piedra». Se dijo que, puesto que había sido el mensajero del chantajista, resultaría interesante hablar con él.

—Lo malo es que no sé dónde vive —murmuró.

Pero había una solución: la guía telefónica. Tal vez fuese demasiado optimista, pero, ¿por qué no intentarlo?

El nombre de Goggan figuraba en las páginas impresas. Ello tenía una explicación, se dijo Lex: Goggan debía aparentar honorabilidad.

Era ya tarde, aparte de que Lex no quería entrevistarse con Goggan sin las debidas precauciones. Regresó a su casa, se preparó una cena rápida y luego se acostó.

Madrugó bastante al otro día. Antes de dirigirse a casa de Mark Goggan, ahora sabía el nombre completo, efectuó algunas compras. Una vez debidamente pertrechado, tomó su coche y condujo hasta su objetivo.

Eran las diez y media de la mañana. Un hombre de cara bostezante y cabellos revueltos apareció ante los ojos de Lex a los pocos momentos de haber llamado.

El rostro de Goggan tomó su aspecto pétreo apenas reconoció a su visitante.

—¡Usted! —rugió.

Lex llevaba en la mano un bastón con bola de marfil. Agarrándolo con la mitad, dio un toquecito en el cráneo del rufián. Goggan emitió un gruñido de dolor y se tambaleó.

Acto seguido, Lex hizo voltear el bastón en el aire. Lo agarró por el puño y hundió la contera en el estómago de su antagonista. Goggan quedó sentado en el suelo, perdido el aliento y los ojos llenos de lágrimas.

Lex cruzó el umbral y cerró la puerta. Goggan intentó levantarse y él le golpeó de nuevo con la bola de marfil. El rufián lloraba de rabia.

—Tenemos que hablar —dijo el joven duramente—. Lo mejor será que desembuche cuanto antes o seguiré dándote golpes hasta que tengas los huesos del cráneo tan blandos como el asiento de ese diván.

—Lo señaló con una mano—. Y quiero que me respondas con la verdad o lo pasarás muy mal.

Goggan dijo:

—No tengo nada que hablar con usted, maldito...

«¡Crack!»

Goggan chilló de dolor y de rabia. Lex le dio un nuevo golpe. El sujeto se tiró por el suelo, mordiendo literalmente la alfombra. El último golpe le privó del sentido.

Lex no se inmutó por ello. Empezó a actuar. Minutos más tarde, Goggan estaba sólidamente atado a un sillón, con tiras hechas de sábanas de su propia cama.

Cuando «Cara de Piedra» despertó, se encontró en aquella postura y descalzo, además. Lex le miraba sonriendo.

—Parezco una persona normal, pero me gusta torturar a la gente. Disfruto con los padecimientos de los demás. El día en que no atormento a una persona, me siento muy afligido. Lo que más me divierte es oír sus chillidos cuando les meto unas astillitas de madera en las uñas de los pies y les prendo fuego.

Goggan le contemplaba con ojos extraviados.

—Pero... pero...

—¿Empiezo yo o hablas tú? —dijo Lex, inflexible.

Goggan sudaba.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Todo —contestó él—. ¿Cuánto dinero había en el paquete que te entregó Myra Darben?

—Un millón...

—¡Rayos!

—Cien billetes de a diez mil dólares —explicó Goggan.

—¿Dónde está ese dinero ahora?

—No lo sé.

—Pero se lo entregaste a alguien.

—Vinieron a buscarlo aquí.

—¿Quién?

—Un tipo llamado Kaldy...

Lex apretó los labios. Kaldy ocupaba un escalón más alto que «Cara de Piedra».

—¿Sabes dónde vive Kaldy?

—No.

—Pero te comunicas con él por algún medio.

—Desde luego...

—¿Un número de visófono?

Goggan apretó los labios. Lex supo que había acertado.

—Vamos, «Cara de Piedra», suelta ese número —pidió, haciendo molinetes con el bastón.

Goggan era menos duro de lo que parecía. Cedió sin demasiados esfuerzos.

Lex anotó el número.

—Así, pues, Kaldy vino a buscar el dinero —dijo.

—Sí...

—Y la segunda vez, te envió, a pedirle más a Myra Darben, pero ella te dijo que había agotado ya su capital.

—Sí, es cierto.

De repente, Lex hizo una rápida torsión con la muñeca. El bastón era hueco y unida al puño había una larga y afilada hoja de acero.

—Voy a soltarte —dijo—. Llamarás a Kaldy y le dirás que Myra te ha llamado y que te va a dar medio millón más. Fíjate en la punta de este estoque.

Los ojos de Goggan se clavaron instintivamente en el punto señalado por el joven. La punta se veía manchada de una sustancia oscura y pegajosa.

—Veneno —dijo Lex sonriendo—. No es necesario que te ensarte; basta con que te pinche un poco, para que mueras en un minuto. ¿Te portarás como un buen chico?

La cara de Goggan tenía un tinte gris inequívoco. Apenas pudo murmurar un «sí» casi inaudible.

Lex usó la mano izquierda para soltar los nudos. Con la derecha mantenía el estoque, agitándolo de continuo ante los ojos del su aterrado prisionero.

Momentos después, Goggan estaba ante el visófono. Lex se situó prudentemente a un lado, a fin de evitar ser visto por Kaldy.

La pantalla se iluminó a poco. El rapaz individuo apareció en el acto.

—¿Qué te ocurre ahora, Goggan? —dijo, dé no muy buen humor.

—Me ha llamado Myra Darben. Dice que puede dar medio millón más.

—Interesante —murmuró Kaldy—. ¿Cuándo?

—Esta misma noche —respondió Goggan, previamente aleccionado por Lex.

—Muy bien. Vuelve a casa con el dinero. Yo iré a buscarlo...

—Oiga, jefe, creo que no sería conveniente. Me parece que tengo un soplón en la acera de enfrente. ¿Por qué no quiere que se lo lleve yo a su casa?

Kaldy vaciló.

—Si es cierto que tienes un tipo delante de tu casa, te seguirá a todas partes —dijo.

—Bueno, pero yo podría deshacerme de él. Luego, aunque otros sigan vigilando mi casa, usted ya tendría el dinero.

—Está bien —aceptó el hombrecillo, tras una rápida reflexión—.

Tráemelo a...

La dirección quedó grabada en la mente de Lex. Goggan cortó la comunicación.

—Ya está —dijo al terminar de mal talante—. ¿Qué más?

Lex enfundó el estoque.

—No era veneno —dijo sonriendo.

Goggan lanzó un bramido de rabia.

—¡Me ha engañado! —aulló.

—Sí.

«Cara de Piedra» se lanzó contra el joven. Lex le golpeó en la nariz con el puño del bastón.

Goggan retrocedió, llevándose ambas manos al apéndice lesionado. Después, Lex, con toda tranquilidad, le dejó sin sentido de un nuevo golpe.

A guisa de precaución, ató de nuevo al rufián. Luego destrozó la pantalla del fonovisor de otro bastonazo. Finalmente, salió de la casa.

* * *

Los ojos de Art Kaldy se dilataron enormemente al reconocer a su visitante. Lex no se anduvo por las ramas. El primer golpe con el puño del bastón dejó sentado en el suelo al hombrecillo, gimiendo de dolor.

Acto seguido le empujó con el pie, dejándole tendido boca arriba. Puso el pie cerca de su garganta y, desenvainando el estoque, apoyó la punta en su pecho.

—Si empujo, lo ensartaré como a un pollito —dijo duramente. Ahora ya no sonreía—. Goggan le entregó a usted un millón. ¿Adonde fue a parar?

Kaldy estaba aterrorizado. El aspecto de Lex era espantoso.

—Yo... yo... —dijo llorando.

—Si me voy a ir de esta casa sin saber nada, al menos dejaré un cadáver detrás de mí —exclamó Lex—. ¿Dónde está ese millón?

—Lo... lo tiene un tal Tupper Tynson...

Lex respingó.

—¡Tynson! —dijo.

—Sí. Él... Yo le ayudaba.

—¿Dónde está Tynson ahora?

—Trabaja en... tiene un laboratorio fuera de la ciudad.

—¿Es químico?

—No sé... Yo no entiendo mucho de esas cosas...

—Usted lo que entiende es de cosas sucias —gruñó Lex. Se separó un par de pasos—. Póngase en pie e indíqueme dónde está ese laboratorio. Si me engaña, volveré aquí v le mataré sin más trámites.

Kaldy sudaba de miedo. Toda su arrogancia había desaparecido.

—Le... le haré un croquis... —dijo.

—Mucho mejor todavía. Empiece —ordenó Lex.

Minutos después, tenía en las manos el croquis. Le echó un rápido vistazo y luego lo guardó en un bolsillo.

A continuación, y como había hecho con Goggan, ató y amordazó al hombrecillo. Luego se dirigió al visófono y marcó el número de Myra.

El rostro de la joven apareció casi en el acto en la pantalla.

—¡Señor Gard! —exclamó.

—Myra —dijo Lex, suprimiendo los tratamientos—, abandone esa casa inmediatamente.

Ella se sorprendió.

—Pero...

—Haga lo que le digo. Estar ahí es como hallarse en la boca del lobo. Váyase en el acto... donde está su padre o donde mejor prefiera, pero no pierda ni un minuto.

Algo vio Myra en el rostro del joven que le convenció de la rectitud de sus intenciones.

—Está bien. Lo haré inmediatamente —contestó.

—Comuníquese a la noche conmigo —pidió Lex—. Adiós.

Capítulo V

Kaldy no le había engañado. «Aquello» era un laboratorio.

Era un edificio aislado en el campo, rodeado por una elevada tapia de mampostería con un gran portón metálico en uno de sus lados. Lex sólo podía divisar la parte superior del edificio, en cuyo centro se vislumbraba una cúpula semiesférica, de color gris, que parecía de vidrio mate. No podía ver lo que había bajo la cúpula.

Lex detuvo su coche a pocos pasos de la tapia. La soledad era absoluta. El edificio más próximo se hallaba a unos tres kilómetros. La ciudad quedaba en el horizonte.

Lex se apeó del vehículo, llevando un extraño objeto en la mano. Parecía una gruesa barra de metal, de metro y medio de longitud. Presionó un botón y la barra se desplegó telescópicamente, alcanzando una longitud de cuatro metros. Otras barras mucho más pequeñas, de veinte centímetros de longitud, se desplegaron transversal y alternativamente a ambos lados de la barra.

De este modo obtuvo una escalera, cuya parte superior apoyó en la tapia por dos puntos, lo que impedía el giro a uno u otro lado. El extremo inferior terminaba en punta y ello aseguraba el asentamiento en tierra.

Trepó por la escalera y asomó los ojos por encima del borde de la tapia. Le extrañó encontrarse con el suelo completamente pelado; había creído hallar un frondoso jardín y no había más que tierra en torno al edificio.

No se veía a nadie en el interior del recinto. Tras una ligera vacilación, Lex se sentó a caballo en la barda, tiró de la escalera y la pasó al otro lado. Podía saltar, pero prefería tener un medio de escape en caso de una próxima retirada.

Instantes después, se hallaba en el suelo. Corrió hacia el edificio y se pegó a uno de los muros, junto a la esquina más próxima a la entrada. El silencio era absoluto, salvo que se percibía un ligero zumbido que parecía brotar de algún sótano de la casa.

Asomó la cabeza. Avanzó poco a poco hacia la puerta. Como había supuesto, estaba cerrada con llave.

Lex no se amilanó por ello. Se había prevenido contra cualquier contingencia adversa. Llevaba una bolsa pendiente del hombro y extrajo de la misma un artefacto en forma de pistola, con el cual apuntó hacia la cerradura.

Una onda de intolerable calor brotó de la boca del aparato. La cerradura se fundió en menos de un minuto.

Lex empujó la puerta. Asomó la cabeza.

Durante unos segundos, trató de digerir la sorpresa que le causaba la

visión de lo que había bajo la cúpula. Sencillamente, nada.

Los muros internos parecían corresponder exactamente con el perímetro exterior del edificio. Vista desde el interior, la cúpula era completamente transparente y permitía el paso de la luz sin la menor dificultad.

El suelo espejeaba. Lex se arriesgó a entrar y sus pasos resonaron con profundos ecos bajo aquella bóveda de veinte metros de altura. De pared a pared había una distancia doble.

—¿Esto es un laboratorio? —masculló, disimulando la decepción que sentía.

Se detuvo en el centro de la vasta estancia. No sabía qué hacer. Allí no había nada en absoluto que le diese la menor idea de lo que se elaboraba en el supuesto laboratorio citado por Kaldy.

Avanzó un par de pasos más. De repente, creyó que el edificio había aumentado de tamaño.

Dio un salto de sorpresa. La pared frontera se había distanciado súbitamente una treintena de metros. Lo mismo sucedía con las laterales. En cuanto a la cúpula, parecía hallarse ahora a cuarenta o cincuenta metros de altura.

De pronto, oyó voces tras él. Giró en redondo, empuñando la pistola térmica. Dos hombres aparecieron ante su vista.

Eran enormes. Cada uno de ellos medía casi cuatro metros de estatura. Lex se sintió aterrado.

¿Acaso alguien estaba creando una raza de gigantes?

Los dos individuos no parecieron reparar en él.

Tranquilamente, se dirigieron hacia la puerta.

—¿Para cuándo lo has graduado? —dijo uno de ellos.

—Tres minutos —contestó el otro, algo más bajo que su compañero, pero también más ancho de hombros y de una mayor robustez.

—¡Lástima que tengamos que hacerlo!

—No queda otro remedio. Se ha quedado pequeño e insuficiente. El nuevo es mucho mayor, bien lo sabes tú.

—Sí, pero eso no se consigue sin dinero. Tupper, hablando con franqueza, estamos sin blanca.

—Esta noche dispondremos de medio millón más —contestó Tynson. Lex ya lo había identificado; era el gigante ancho de hombros y robusto.

—Con eso sólo podremos echar a andar...

—Eres un pesimista —gruñó Tynson—. Esta noche tendremos medio millón; lo suficiente para durar una semana. Dentro de siete días, dispondremos de dos millones más y... Bueno, basta de cháchara. ¿Cuánto queda?,

—Dos minutos y veinte segundos, Tupper.

—Es suficiente. Larguémonos.

Los dos hombres desaparecieron de la vista de Lex. El joven se quedó atónito.

¿Qué medio de transporte empleaban?

Myra también había hecho algo parecido, aunque por saltos de unos cien metros. Pero Tynson y su acompañante... ¡habían pasado a través del muro!

De repente, se dio cuenta de que algo iba a ocurrir dentro de unos dos minutos. Presintió que el edificio iba a desaparecer.

Se lanzó hacia la puerta. Apenas había corrido cuatro pasos, cuando se dio cuenta de que el edificio disminuía de tamaño, recobrando las proporciones que tenía en el momento de cruzar la entrada.

Lex sintió un vago miedo que puso alas en sus pies. Sin pararse a reflexionar sobre aquel extraño fenómeno, cruzó la puerta, giró a la izquierda y se dirigió corriendo hacia la escalera que había dejado apoyada en la tapia.

Unos segundos más tarde, se hallaba a bordo de su automóvil. Arrancó, viró en redondo y aceleró li máximo.

Cuando llevaba mil quinientos metros de recorrido, vio, por el retrovisor, un gran chispazo. Cinco segundos después, le llegó el trueno de la detonación.

Detuvo el coche. Volvió la cabeza.

Una espesísima nube de humo y polvo flotaba en el lugar dónde unos instantes antes había estado el laboratorio. No se veían piedras caer por ninguna parte; literalmente, el edificio había sido pulverizado.

Emprendió el regreso a su casa, con el amargo sabor de la derrota en su ánimo. Dejó el coche en el aparcamiento subterráneo y se dirigió al ascensor. Minutos después, entraba en su casa.

Myra Darben se puso en pie al verle. Lex se detuvo en seco.

Ella vestía una especie de túnica sin mangas, muy corta, de color púrpura, con bordados en negro y azul. Como de costumbre, llevaba el cabello suelto hasta la cintura.

—Me pareció que su casa era el lugar mejor para refugio —dijo la joven sonriendo—. ¿Le molesta?

—En absoluto —Lex se dirigió a un armario que había en un lado del salón—. Dispense, pero necesito un trago. ¿Quiere usted?

—No, gracias. Le veo muy pálido, Lex.

—Tengo motivos para ello. He visto fantasmas, visiones de pesadilla, gigantes... y he estado a punto de convertirme en polvo. ¿Tupper Tynson es amigo de ustedes? Quiero decir de su padre y de usted.

—Sí, claro; se conocen desde...

—Quítese esa idea de la cabeza, Myra. —Lex tenía ya la copa en la

mano y se la llevó a los labios—. Tynson cree que esta noche va a recibir medio millón más de dólares, entregados por usted, como garantía de la vida de su padre.

—¿Cómo? No le entiendo...

—A propósito —dijo él—. ¿Tiene por ahí una fotografía de su padre?

—Sí, en el bolso...

Myra abrió su bolso, hurgó unos instantes y acabó sacando una cartulina, que entregó al joven. Era una fotografía de la joven, junto a su padre.

—Nos la hicimos el mes pasado —explicó Myra.

Lex meneó la cabeza.

—Aquel tipo no era su padre —dijo.

—¿A quién se refiere usted?

—Al compinche de Tynson. Encontré su laboratorio, pero se mudan a otro más grande y capaz.

Lex se derrumbó en un sillón.

—Si me explicara usted... —dijo quejumbrosamente.

—Yo creo que es usted el que me debe explicaciones —alegó Myra casi con enojo—. No olvide que yo estaba en un lugar seguro...

—¿Seguro? —dijo Lex sarcásticamente—. ¿En la propia casa de Tynson, el hombre que finge ser su amigo y que les está traicionando?

—Pero eso es imposible. Tynson fue siempre...

—Hasta que dejó de serlo. Lo que he oído yo mismo no hace mucho, no me lo puede desmentir nadie. Kaldy fingió que usted le había llamado, prometiéndole medio millón de dólares más para esta noche. Yo lo que quería era averiguar dónde estaba su laboratorio. Cuando llegué allí, Tynson y otro sujeto se disponían a abandonarlo. Tynson habló de que esta misma noche tendría el medio millón y dos millones más para la semana próxima.

Lex se irguió nuevamente y se sirvió la segunda copa.

—Y ahora, que me crea o no, es cosa suya, pero todo es la pura verdad, Myra —concluyó.

Ella parecía profundamente impresionada.

—Se me hace cuesta arriba creerlo —dijo—. Tynson fue siempre un gran amigo de mi padre, atento, amable, servicial...

Lex se volvió bruscamente hacia ella.

—¿Qué clase de experimentos realiza Tynson? —preguntó.

—Conozco algunos de los trabajos que ha realizado mi padre —repuso Myra—. La verdad, nunca me he interesado por la ciencia; las matemáticas me parecen horribles.

—Siga. ¿Qué más?

—Bien, los conocimientos que yo pueda tener de los trabajos de mi

padre son meramente superficiales... como, por ejemplo, no sé de qué está compuesta una aspirina, pero sé que quita el dolor de cabeza. Un automóvil me transporta adonde yo desee, pero no me pregunte nada de mecánica, salvo que tiene cuatro ruedas, un volante...

Lex sonrió.

—Son unos ejemplos sumamente gráficos. Continúe, por favor.

—Bien, con eso he querido decirle que si es cierto que conozco superficialmente algunos de los trabajos de mi padre, no ocurre lo mismo con los de Tynson. No sé qué es lo que pretende hacer.

—Salvo saquear a la gente —dijo Lex ceñudamente—. Usted no conocía el nombre del chantajista que la extorsionaba con el pretexto de la vida de su padre, ¿no es cierto?

—Así es —confirmó Myra.

—Y usted debió de suponerse que el chantajista podría poner en práctica sus amenazas, puesto que su padre se ha escondido para conservar la existencia.

—Sí, Lex.

—Bueno, ahora ya conoce el nombre del chantajista —dijo él—. Sin embargo, se ha mudado a otro lugar que ahora nos es desconocido. Tendríamos que encontrarlo para acabar con la amenaza que pesa sobre su padre.

Myra hizo un esfuerzo para sonreír.

—Lo peor de todo es que no se me ocurre ningún sitio donde pueda hallarse a Tynson —dijo.

El joven lanzó un profundo suspiro.

—Tendré que recurrir a mis viejos métodos para interrogar a dos perillanes que puede que sepan algo —dijo—. Supongo que no tendrá otro sitio al que dirigirse —añadió.

—Usted me indicó que viniera aquí —respondió ella.

—Es cierto. En cuanto supe que Tynson estaba mezclado en el asunto, me pareció que no debía continuar en su casa.

—¿Y por qué me aconsejó que me refugiara allí? —exclamó Myra, intrigada.

—Está bien claro —respondió Lex—. Usted ignoraba que Tynson fuera el chantajista. Él lo sabía, por tanto, fingió ayudarla a escapar y a refugiarse en un lugar donde no pudiera ser atacada. Usted le creyó, como es lógico..., pero, al mismo tiempo, Tynson la tenía localizada en todo momento.

—Sí, eso parece sensato. Pero ahora ya no podrá encontrarme ni tampoco encontrar a mi padre.

—¿Sabe Tynson dónde está?

—No. Mi padre se escondió apenas recibí la segunda petición de dinero. Comprendimos entonces que el chantajista no se detendría...

—Un chantajista nunca se detiene, mientras puede exprimir a su víctima. Hay que detener su acción y no es pagando precisamente como se consigue. Pero, en fin, el dinero está perdido y vamos a ver si no perdemos algo más importante.

Ella sonrió.

—¿Por qué me ayuda usted, Lex? —preguntó.

—No me atrevo a decírselo —contestó él, haciendo que los colores asomaran á las mejillas de la joven.

—Pero usted me conoce muy poco —dijo Myra.

—A veces —respondió Lex muy despacio—, basta con ver a una persona para darse cuenta de que hace un millón de años que se la conoce.

Capítulo VI

Lex era hombre de rápidas decisiones cuando de ponerse en campaña se trataba. Aquella noche tuvo que dormir en el diván de la sala, pues había cedido a Myra su dormitorio.

Madrugó bastante. Myra dormía aún. Lex se preparó un rápido desayuno y luego, antes de salir, escribió una breve nota, que dejó en lugar bien visible, en el espejo del cuarto de baño:

«Hay alimentos de sobra en el frigorífico. No conteste usted a nadie que llame por el visófono, a no ser que oiga una llamada de seis zumbidos, que se interrumpirá entonces, para reanudarse a los treinta segundos exactos; ése seré yo. Si no es con esta clave, no conteste a nadie, ni tampoco dé señales de vida si llaman a la puerta. Ciérrese con llave por dentro y no se mueva de casa en todo el día. Volveré tarde. L.»

Lo primero que hizo fue encaminarse a casa de Goggan.

«Cara de Piedra» no estaba. Eso le pareció a Lex muy natural.

Registró el piso a conciencia. Lo único que pudo encontrar fue la dirección de una tal Shanita Hoolam. La anotó, podía servirle de algo. De allí se encaminó a casa de Kaldy.

El hombrecillo tampoco estaba. Lex encontró ciertos rastros que le indicaron que alguien le había ayudado a soltarse las ligaduras.

Uno de esos rastros consistía en un cigarrillo manchado de carmín. Lex apreció que había sido consumido la víspera. Luego se dedicó al registro de la casa.

Encontró algo que le hizo pensar mucho: Kaldy también estaba relacionado con la llamada Shanita Hoolam. Empezó a pensar en la conveniencia de visitar a aquella mujer.

¿Conocía ella el actual paradero de Tynson?

Salió a la calle y subió a su coche. Media hora después, se detenía ante el edificio en donde residía Shanita Hoolam.

Entró en la casa. Un ascensor rápido le llevó al piso cuarenta. Salió al corredor y caminó hasta encontrar la puerta correspondiente al departamento de la Hoolam.

Llamó al timbre. Esperó.

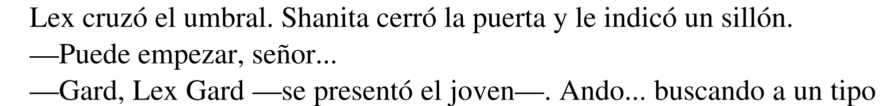
Transcurrió casi un minuto. Lex empezaba ya a pensar que Shanita no estaba en casa cuando, de pronto, vio que se abría la puerta.

Una mujer apareció ante sus ojos.

—Buenos días —repitió ella en tono impaciente.

—Perdón, señora —dijo Lex, esbozando una sonrisa—. Busco a una dama llamada Shanita Hoolam.

—Yo soy Shanita Hoolam —dijo ella—. Pase usted.


Lex cruzó el umbral. Shanita cerró la puerta y le indicó un sillón.

—Puede empezar, señor...

—Gard, Lex Gard —se presentó el joven—. Ando... buscando a un tipo llamado Goggan.

—No le conozco —dijo ella.

—¿Está segura?

Los ojos de Shanita le dirigieron una dura mirada.

—Haga el favor de no insultarme —pidió secamente.

—Está bien. ¿Tampoco conoce a un tal Art Kaldy?

—Tampoco. Oiga, ¿qué se trae usted entre manos...?

—A mí sí me gustaría saber qué es lo que se trae usted entre manos, señora —dijo Lex—. Usted afirma no conocer a esos dos individuos, pero yo he encontrado la dirección de usted en sus casas. ¿Qué dice a eso, señora Hoolam?

—Nada. ¿Sabe por dónde se sale de esta casa?

Lex emitió una sonrisa de circunstancias.

—Sí, señora —contestó—. Usted perdone. Buenos días.

Se dirigió hacia la puerta y abrió. Simuló cerrarla, pero sólo la entornó, dejándola de manera que pudiera abrirla cuando le conviniese.

Esperó unos segundos. Luego, poco a poco, empujó la puerta de nuevo.

Asomó la cabeza. Shanita estaba de espaldas a él, hablando a través del visófono con un desconocido.

—¿Stoll? —decía la mujer—. Escucha, Gard ha estado aquí... Sí, acaba de irse. Vino preguntando por Goggan y Kaldy...

Un hombre contestó:

—Déjalo de mi cuenta, Shanita; no te preocupes de más. ¿Hace mucho que se ha ido?

—Menos de un minuto...

—Suficiente. Adiós, Shanita.

La comunicación se cortó. Detrás de la mujer sonó una voz.

—¿Le importaría mucho decirme quién es y dónde reside ese tipo llamado Stoll?

Shanita se volvió con la rapidez del rayo. Miró a Lex un instante y luego, lanzando un aullido de cólera, se abalanzó contra él.

A los tres pasos, se detuvo en seco. La punta del estoque cortó su avance.

Lex sonrió.

—Usted es tremendamente robusta, señora —dijo—. Aparte de ello, yo siempre he sido muy considerado con el sexo débil. Nunca pego a las mujeres; es de muy mal gusto. Sólo... las mato, aunque eso sí, rápidamente y sin sufrimientos.

Shanita se alarmó.

—¡Eh! ¿Usted...?

Lex apoyó la punta del estoque en el vasto pecho de la mujer.

—Yo, sí —dijo—. ¿Quién es Stoll y dónde vive? —preguntó, acentuando ligeramente la presión del acero.

Shanita empezó a retroceder. Lex seguía empujándola, hasta que los anchos hombros de la mujer tropezaron con la pared.

—¿Quién es Stoll y dónde vive? —repitió Lex.

—Su nombre completo es Burt Stoll. Vive en la Avenida Setenta, cuatro mil once —dijo.

—¿A qué se dedica?

Shanita hizo un gesto ambiguo.

Lex sonrió.

—Sí, ya entiendo. A todo, menos a trabajar decentemente —paseó la vista a su alrededor—. A usted, la colaboración con Stoll parece producirle buenos dividendos; esta casa debe de costar lo que se dice un riñón. Gracias por todo, señora Hoolam.

Retrocedió paso a paso, sin perderla de vista. En un cuerpo a cuerpo, Shanita podía ser un temible adversario.

Alcanzó la puerta, abrió y pasó al otro lado de un salto. En el momento de cerrar, oyó un estrépito inconfundible.

Meneó la cabeza, mientras sonreía.

—¡Lástima de jarrón! —se dijo, silbando alegremente.

Un minuto después, estaba en la calle. Caminó hacia su coche, detenido a veinte metros de distancia.

De pronto, sintió un terrible golpe en el pecho, que le hizo tambalearse. Una sombra confusa apareció un segundo ante sus ojos, desapareciendo de su vista casi en el acto.

Miró a derecha e izquierda. En aquel momento, la persona más próxima estaba a diez pasos de distancia.

Bajó la cabeza. En la blusa que llevaba puesta, a la altura del corazón, había un pequeño orificio de forma alargada.

Emitió un profundo suspiro de alivio. Había sido atacado en la misma forma que lo fueran Chandford y Steany. Pero él había salvado la vida, gracias a la protección del chaleco blindado que llevaba bajo los ropajes externos.

Se imaginó el asombro del asesino, al ver que no caía muerto en el acto. Aunque, se preguntó, ¿había tenido tiempo de verlo?

Su acción había sido fulgurante, realizada en décimas de segundo. Lex sólo había podido divisar una sombra confusa frente a él, la vaga silueta semitransparente de una persona que inmediatamente, tras descargar el golpe que debía haber sido fatal, había desaparecido.

¿Le creía muerto? ¿Se había dado cuenta de que el puñal había

golpeado contra una cota de malla?

De pronto, divisó en el suelo un objeto brillante, de forma triangular.

Se agachó; era el fragmento de un afilado puñal, el extremo puntiagudo, en una longitud de cinco o seis centímetros.

El asesino conservaba el resto. Se daría cuenta cuando viese que a su puñal le faltaba la punta. Bueno, era una incomodidad, pero no por ello dejaría de llevar puesto el chaleco blindado, hasta que hubiese pasado el peligro.

Se sentó en su coche. De repente, se fijó en un detalle en el que no había pensado hasta entonces.

Stoll le había dicho a Shanita que le dejase encargarse de él. El ataque se había producido menos de cinco minutos después.

¿Era que disponía de algún medio de traslación instantánea?

Los pelos se le pusieron de punta. ¿Con qué clase de diabólicos artefactos operaban aquellos desalmados?

Puso en marcha el motor y arrancó. Era probable que Stoll le dijese algo.

Y, si no quería hablar, él le obligaría a hacerlo.

* * *

Se oyó el ruido de una llave en la cerradura. Lex abrió los ojos y se despabiló.

Llevaba más de tres horas esperando. Aburrido, se había sentado en un sillón, terminando por dormirse.

Un hombre entró en el piso. Al ver a Lex frunció el ceño.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó hostilmente.

Lex se puso en pie.

—¿Stoll? —preguntó.

—Sí —contestó el otro. Era un sujeto joven y robusto, de mirada aguda y nariz aguileña. Bajo sus ropas, Lex creyó ver un abultamiento extraño a la altura del estómago y en torno a todo el cuerpo—. ¿Qué quiere usted? —preguntó desabridamente.

La punta del estoque se apoyó en la garganta de Stoll.

—Tiene guardado un puñal sin punta —dijo Lex—. Sáquelo.

Stoll palideció horriblemente. Lex empujó un poco.

—¿Quiere que le atraviese la garganta? —preguntó.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Stoll metió la mano bajo su blusa y sacó el puñal, sosteniéndolo un instante por la empuñadura.

Luego lo dejó caer al suelo. Fue suficiente; faltaba la punta.

—Ahora —dijo Lex—, siéntese en aquel sillón. Usted y yo vamos a conversar amistosamente... y digo amistosamente en su propio interés. No

me gustaría causarle el menor daño, Stoll. La punta de este acero está impregnada de veneno, ¿comprende?

Stoll se lamió los labios.

—No comprendo lo que quiere usted —dijo.

—Es muy sencillo: simplemente, que me diga el paradero actual de un sujeto llamado Tupper Tynson.

—Lo ignoro...

—Vamos, vamos, amigo Stoll —sonrió Lex—, no me tome por tonto. ¿Prefiere que le haga un rasguño? Moriría irremisiblemente antes de cinco minutos, se lo garantizo.

Hubo una pausa de silencio. Luego Stoll hizo un signo de asentimiento.

—Está bien. Yo...

Sonó un fuerte chasquido. Stoll se puso rígido.

Lex dio un salto hacia atrás. Un agudo chillido se escapó de los labios de Stoll. Su cara se puso roja y los ojos le voltearon agónicamente en las órbitas.

Luego, de pronto, su cuerpo pareció perder toda fuerza y se derrumbó al pie del sillón, encogido sobre sí mismo, completamente inmóvil.

Lex dio un paso atrás, espantado por lo que acababa de ver. Ignoraba cómo había sucedido, pero, en cambio, había algo fuera de toda duda: Stoll había muerto.

Ni siquiera se atrevió a tocarle. Tenía la impresión de que Stoll había recibido una terrible descarga eléctrica, que había puesto un fin fulminante a su existencia. Tratar de registrarle significaba entrar en contacto con su cuerpo. Y Lex no sentía el menor deseo de recibir otra mortal sacudida eléctrica.

Al cabo de unos segundos, se rehízo de la impresión sufrida. Tras reflexionar un poco, se decidió a registrar la casa.

Fue una labor inútil. De Tynson no había allí el menor rastro.

Decepcionado, regresó a su apartamiento. Allí le esperaba otro chasco.

Myra no estaba. Sobre la mesa baja de la sala encontró una cuartilla manuscrita. Nunca había visto el carácter de letra de Myra, pero inmediatamente supo que era ella la autora de la nota, cuyo contenido era el siguiente:

Lo siento, Lex. Gracias por todo, pero no puedo continuar aquí ni un minuto más. Por favor, no intente buscarme; ello sólo serviría para empeorar las cosas.

Le recuerda con afecto su agradecida.

M. D.

Lex estrujó la nota, a la vez que lanzaba un profundo suspiro:

—Lo mejor será dar de lado, y de una vez para siempre, este maldito asunto —dijo.

Capítulo VII

Entró en «El Descanso de los Vagos». Había estado trabajando duramente todo el día y sentía la necesidad de un poco de expansión.

Mac le acogió con satisfacción.

—¿Un «especial» de la casa, Lex? —sugirió.

—Sí, Mac..., pero que sea doble.

—Como quiera. Le veo ojeroso. Trabaja mucho estos días, ¿eh?

—No puedo quejarme, Mac —contestó el joven.

—Eso es bueno. Oiga, aquella portada le dio mucha fama, ¿eh?

—Pues... sí, me reportó buenos beneficios, no inmediatos, sino posteriores. Ahora me permito seleccionar los encargos.

—Eso es bueno. —Mac puso delante del joven un vaso alto—. A mí me gustaría hacer también lo mismo con algunos clientes.

—¿Por qué dice eso, Mac? —preguntó Lex sorprendido.

—Fíjese en aquellos dos tipos que hay en el rincón, cerca de la puerta. Hágalo con discreción, se lo ruego.

Lex tomó un sorbo de combinado. Luego, apoyándose con gesto negligente en el mostrador, volvió la cabeza un poco.

Eran dos individuos de edad un poco superior a la suya, vestidos correctamente, de rostros serios, herméticos, los cuales permanecían silenciosos, delante de sus respectivos vasos de bebida, de los que tomaban algún sorbo de cuando en cuando.

—Los veo —murmuró Lex—. ¿Y...?

—Nada, que no me gustan. Llevan ya una semana viniendo a diario, a estas horas. Se sientan ahí, piden dos «especiales», se pasan tres horas tan alborotadores como los está viendo... y luego se van y ¡hasta mañana!

—Bueno, pero eso no es como para recelar de ellos —dijo Lex sonriendo.

—De usted sí que no recelo —contestó el tabernero—. Pero, francamente, esos dos tipos me ponen hielo en el cogote cada vez que los miro.

—Usted es un poco aprensivo, Mac.

—Ojalá se quedase en eso solo: en aprensiones. Pero esos tipos están aquí para algo... y, Lex, no me gusta que tomen mi local como centro de «operaciones» poco honestas.

—Mientras se limiten a beber sin hacer ruido... —dijo Lex.

—No me gustan los tipos ruidosos, pero es que hay algunos «mudos» que me gustan menos —contestó el sensible tabernero—. ¡A propósito! —exclamó de pronto—. Lex, ¿ha leído el periódico de la tarde?

—No, he estado demasiado ocupado... ¿Sucede algo, Mac?

El tabernero sacó el diario de uno de los estantes del mostrador.

—Sucede que un tipo llamado Charles Painter ha muerto de una puñalada, sin que se sepa quién ni cómo se la ha propinado. Léalo usted mismo, Lex.

El joven tomó el periódico. Un rápido vistazo le bastó para darse cuenta de que la muerte de Painter tenía las mismas características que las de Chandford y Steany.

Dobló el diario pensativamente. ¿Quién y con qué objeto cometía aquellos asesinatos?

—¿No me dice nada, Lex? —preguntó Mac, decepcionado por la actitud del joven.

—No, Mac. ¿Qué podría decirle yo? Eso es cosa de la policía.

—Ya, ya... —contestó Mac con sorna—. Oiga, ¿qué sabe de «Cabellos Largos»? ¿Ha vuelto a verla?

Lex terminó su bebida.

—Ni siquiera sé dónde está ahora —contestó—. Es más, ya no me preocupa.

Mac le miró de soslayo.

—¿Es sincero al decir eso, Lex? —pregustó.

—Sí, Mac. ¿Por qué no iba a serlo?

Mac seguía sonriendo. De pronto, entró un cliente y llegó al mostrador. Mac dejó a Lex para servir al recién llegado.

Lex abandonó el local. Ni siquiera concedió una mirada a los dos tipos que tanto preocupaban al tabernero.

Al día siguiente, cuando volvió a tomar su «especial» de costumbre, estaban de nuevo los dos sujetos, en la misma mesa y en idéntica actitud pasiva. Max tenía los nervios a punto de estallar.

—Me dan ganas de echarlos a patadas —dijo.

—No lo haga, Mac; podría costarle caro. Usted no tiene motivos específicos para echarlos.

—Esa es la lástima, que no me dan motivos. Oiga, les he puesto hoy un combinado que si yo soy cliente, le rompo una silla en la cabeza al tabernero —dijo Mac—. Lo hice para que me protestaran y me dieran la ocasión de sacarlos a puntapiés de aquí, pero... ¿dijeron algo? No, señor; ahí los tiene usted tan campantes...

Lex sonrió al observar el pintoresco afán de Mac por deshacerse de dos clientes que, bien mirado, eran completamente inofensivos. Tomó su «especial», charló luego con algunos asiduos conocidos y más tarde, se retiró a su apartamiento.

El trabajo abundaba para Lex. La portada con el retrato de Myra Darben le había proporcionado numerosos y bien pagados encargos. No se podía quejar, salvo que echaba mucho de menos a la joven.

Durante la semana que siguió, Lex acudió puntualmente a «El Descanso de los Vagos». Mac estaba frenético.

Los dos misteriosos clientes continuaban acudiendo a diario. Su actitud no había variado en absoluto. Llegaban, se sentaban, pedían dos copas, permanecían tres horas como mínimo, sumidos en un total mutismo y luego de abonar la consumición, se marchaban sin decir nada a nadie.

El visófono sonó de pronto. Mac lo tenía en un ángulo del mostrador. Dio el contacto y atendió la llamada.

—¡Lex!

El joven volvió la cabeza. Mac le hacía señas de que se acercase al aparato.

—¿Para mí? —se señaló Lex el pecho.

Mac asintió.

—Vamos, no se retrase —dijo, sonriendo socarronamente.

Lex se acercó a la otra punta del mostrador. Miró a la pantalla y estuvo a punto de desmayarse.

—My... ra... —articuló dificultosamente.

—Hola, Lex —saludó la chica—. ¿Podría venir a hablar conmigo?

—¡Ahora mismo! —casi gritó Lex, ebrio de alegría—. ¿Dónde está usted?

—Salga del bar de Mac y camine unos mil metros a su derecha, sin desviarse en absoluto. Deténgase a treinta pasos de la intersección de la calle Eshling y la Avenida Setenta y Dos. Eso es todo. Le espero, Lex.

La imagen de la hermosa joven se esfumó de la pantalla. Le volvió los ojos hacia Mac.

—Está esperándome —dijo, casi como si estuviera en éxtasis.

Mac sonrió ladinamente.

—Entonces, ¿a qué aguarda? —dijo.

Aquello fue como un revulsivo para Lex. Giró sobre sus talones y se lanzó a la carrera hacia la puerta, atropellándolo todo.

Los dos misteriosos sujetos se pusieron en pie en el acto. Uno de ellos puso dos monedas sobre la mesa. Luego se dirigieron asimismo hacia la salida.

Mac observó preocupadamente la acción de la pareja. Rompían su costumbre de más de dos semanas seguidas de acudir diariamente a la taberna. Pero en aquel momento, se suscitó una discusión de entre dos clientes y Mac, en su afán de mantener el orden, olvidó casi en el acto el incidente.

«El Descanso de los Vagos» estaba a muy corta distancia de su casa; por eso Lex no había sacado el coche. Caminó a grandes zancadas, sabedor de que en menos de diez minutos alcanzaría el lugar indicado por Myra.

Unos minutos más tarde, creyó oír pasos a su espalda.

Se volvió. Los dos individuos que tanto llamaban la atención de Mac iban tras él.

Pensó en una coincidencia. Dos minutos después, observó que, pese a su acelerado caminar, la pareja mantenía las distancias.

Empezó a preocuparse. Resignado a no tener más noticias de Myra ni de hacer nada en su favor, había salido desarmado a la calle. Sólo llevaba puesto el chaleco blindado; después del atentado sufrido, no quería descuidarse en absoluto.

Alcanzó el punto señalado por Myra. Ella no se veía por ninguna parte.

No obstante .esperó. Volviendo la cabeza con cuidado, divisó a la pareja. Estaban detenidos a unos veinte o veinticinco pasos, muy ocupados, al parecer, en ofrecerse y encender unos cigarrillos.

Transcurrieron algunos minutos. Lex empezaba a impacientarse.

De repente, vio a Myra. Estaba a unos cien metros de distancia y caminaba hacia él, vestida con aquel traje de color amarillo rabioso que tanto la favorecía.

Lex caminó a su encuentro. De pronto, oyó pasos a sus espaldas. Se volvió.

Los dos sujetos corrían hacia él, empuñando sendas pistolas. Brillaron varios relámpagos. Lex sintió unos terribles golpes en el tórax y, a su pesar, se sintió lanzado al suelo.

Se cubrió la cabeza con las manos. Saltando por encima de él, lo dos matones corrieron hacia la muchacha.

Myra se detuvo un instante. Lex hizo un esfuerzo y alzó la cabeza.

El chaleco había detenido los proyectiles, pero le parecía tener molidas las costillas. Cuatro o cinco impactos de calibre 45 no eran ninguna tontería. Casi no podía respirar.

Intentó levantarse. Las piernas no le respondían.

Lanzó un agudo grito:

—¡Huye, Myra!

Ella se detuvo. Los pistoleros estaban a punto de darle alcance.

De repente, Myra se encontró a cien metros de distancia. La pareja se detuvo en seco.

Un segundo después, Myra se encontraba a otros cien metros de distancia. Antes de que transcurriese el tercer segundo, había desaparecido por completo.

Lex hizo un esfuerzo y se puso en pie. Desarmado, emprendió una prudente retirada. Se prometió en lo sucesivo no salir debidamente pertrechado.

Los matones, desconcertados por lo ocurrido, echaron a correr, sin ocuparse más del joven. Lex, enfurecido y decepcionado, y con el tórax lleno de dolores, regresó a su casa.

Cerró con doble vuelta de llave y, tras desnudarse, se metió en la ducha. Aún le dolía el pecho y seguramente sentiría molestias durante varios días, pero de no haber sido por la precaución de llevar puesto el chaleco blindado, habría perecido.

Sintióse lleno de amargura. La inesperada aparición de los pistoleros había echado por tierra sus planes de reunirse con la joven. ¿Cuándo volvería a verla?

Ellos le habían estado vigilando durante todo el tiempo. Se reprochó a sí mismo no haber sabido anticiparse a sus designios. Mac le habría ayudado de muy buena gana..

Pero ya no valían los reproches. Lo que interesaba era la acción y... ¿cómo y por dónde empezar?

De repente, se le ocurrió una idea.

Era algo en lo que no había pensado durante meses.

—¡Qué tonto he sido! —gruñó—. ¿Por qué no lo hice antes?

Tuvo que recurrir a los sedantes para calmar los dolores y poder dormir. A la mañana siguiente, a una hora prudencial, salió de casa y se encaminó hacia un lugar al cual debía haberse dirigido mucho tiempo antes, concretamente, al domicilio de Raymond Chandford.

CAPÍTULO VIII

Carolyn Chandford era una dama de edad madura, con rasgos de una pasada y esplendorosa belleza, que se había ajado notablemente en los últimos tiempos. Era lógico, se dijo Lex, si se pensaba en los sufrimientos que debía de haberle originado la muerte de su esposo.

Ella le recibió amablemente, aunque no sin curiosidad.

—Su nombre me suena —dijo—. He visto algunas de sus portadas y son verdaderas obras de arte, señor Gard.

—Es usted muy amable, señora Chandford —agradeció el joven—. Casi precisamente a causa de mi afición al dibujo es por lo que he venido a visitarla.

Ella sonrió tristemente.

—Lo siento, señor Gard, pero yo no...

—Perdón, señora; no he venido a ofrecerle ningún dibujo —atajó Lex —. Los motivos de mi visita, y le ruego me disculpe si con ello traigo a su memoria tristes recuerdos, están relacionados con su difunto esposo.

—¡Oh! —Carolyn vaciló un poco, pero se repuso en seguida—. Siga, señor Gard, se lo ruego.

—Poco antes de... su fallecimiento, el señor Chandford me llamó por visófono. Le había recomendado el director de una revista que se pusiera en contacto conmigo. Su esposo quería que alguien le hiciera unos dibujos de tipo especial, bajo su guía, naturalmente. Accedí, en principio, aunque sin comprometerme a nada, y concertamos una entrevista, que no pudo celebrarse por... Lo siento, señora —dijo Lex, al observar unas lágrimas en los ojos de Carolyn.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—No importa. Continúe, se lo ruego —dijo.

—Su esposo no me especificó la naturaleza de los dibujos —manifestó Lex—. Solamente dijo que nos pondríamos de acuerdo en la entrevista personal que habríamos de sostener y que sería de cierta duración. Por eso convinimos un día y una hora... pero la entrevista no se efectuó.

—¿Y bien?

—En este momento —dijo Lex—, me interesa conocer la clase de dibujos que su esposo quería encargarme. Quizá usted conozca algo al respecto. Por eso me he tomado la libertad de molestarla con mi visita, señora.

Carolyn movió lentamente la cabeza.

—Lo siento —dijo—. No tengo la menor idea de los propósitos de mi difunto esposo... al menos, de los que se refieren a usted, señor Gard.

Lex procuró ocultar la decepción que le producían las palabras de la

dama.

—Su esposo era un científico de altura —declaró—. ¿Podría decirme a qué se dedicaba exactamente en los últimos tiempos de su vida?

—Verá, señor Gard, Raymond no hablaba apenas en casa de su trabajo. Decía que era demasiado complicado para que yo lo comprendiese. Lo único que puedo decirle es que, poco antes de morir, dijo que él tenía que realizar una quinta parte de cierto proyecto... pero eso es todo lo que sé. Ni siquiera me dijo en qué consistía el proyecto.

Lex asintió.

—Así que sólo una quinta parte —murmuró.

—En efecto.

—Lo cual significa que otros cuatro científicos debían de desarrollar el resto, cada uno su respectiva quinta parte.

—Me lo supongo.

—Es curioso —murmuró el joven—. Asesinaron a su esposo, robaron el cerebro a su cadáver...

—¡Por favor! —dijo ella crispadamente.

—Perdón, señora —se excusó el joven—. ¿No tiene nada más que decirme?

—Lo siento —contestó Carolyn.

Lex se puso en pie.

«He fracasado», pensó.

—Gracias por haber accedido a recibirme, señora —dijo cortésmente.

—¡Un momento! —exclamó Carolyn—. Quizá pueda ayudarle, señor Gard.

El joven la miró con interés.

—Raymond mencionaba con alguna frecuencia el nombre de uno de sus ayudantes... Andrew Payrton. Le daré su dirección; tal vez el señor Payrton pueda darle algunos detalles que yo no estoy en condiciones de facilitarle.

—Es usted muy amable, señora —sonrió Lex.

Carolyn se puso en pie. Fue hacia un escritorio y trazó unas líneas en un taco de papel, arrancó la hoja y se la entregó al joven.

—Ésta es la dirección de Payrton —dijo—. Celebraré mucho que Payrton pueda ayudarle en algo.

—Muy amable de su parte, señora.

Minutos después, Lex partía a toda velocidad en dirección a la casa de Payrton. Se lamentó de no haber realizado antes aquella gestión; tal vez las cosas se hubieran desarrollado de un modo distinto, pero los reproches, se dijo, no arreglaban lo que ya había sucedido.

Treinta minutos después, llamaba a la puerta del departamento de Payrton. Cuando se dio cuenta de que nadie le contestaba, sacó la pistola

térmica y fundió la cerradura.

Segundos más tarde, conocía los motivos del silencio de Payrton.

Estaba muerto.

Yacía en el suelo, en el centro de un gabinete de trabajo, que aparecía totalmente revuelto. Esta vez, los asesinos no habían empleado ningún medio sutil para dar muerte al científico.

Simplemente, lo habían acribillado a balazos. El aspecto de Payrton no tenía nada de agradable.

Lex tardó algunos minutos en rehacerse de la impresión. Era evidente que los asesinos buscaban algo.

Encontró sobre la mesa de trabajo un taco de notas, con casi todas sus hojas arrancadas. Los libros y los cuadernos de apuntes yacían desordenadamente por todas partes. Había un cuadro torcido y dos sillas volcadas.

—Tenían prisa —dedujo.

Se preguntó si podría hallar alguna pista. Por mera curiosidad, examinó las pocas hojas que quedaban en el cuaderno de notas.

La tapa inferior era de cartón fuerte, a fin de poder escribir sobre él, sin necesidad de apoyarlo en una superficie sólida. Lex encontró una anotación en la tapa, justo debajo de la última hoja.

Parecía el nombre de una residencia campestre: Salmson Fields. Quizá era una tontería, se dijo, pero no estaba de más anotar aquel nombre. De pronto, oyó un ruido en el vestíbulo.

Se echó a un lado. Alguien se acercaba.

Con mano firme, oprimió la pistola térmica. Si el intruso quería guerra... la tendría, y caliente además.

Una sombra se dibujó cerca del umbral. Lex percibió un tenue perfume, de características netamente femeninas.

Algo le hizo presentir la identidad de la recién llegada.

—Si se llama Myra Darben, no entre, por favor —dijo—. El espectáculo que hay al otro lado de la puerta no tiene nada de agradable.

Sonó un «¡Oh!» de asombro. Luego:

—¡Lex! ¿Eres tú?

El joven cruzó la puerta de un salto.

—¡Myra!

Ella le miraba con ojos muy abiertos. De pronto, rompió a llorar.

—¿Qué ha sucedido, Lex? —preguntó afligidamente—. ¿Por qué no quieres que entre aquí?

—Si vienes a ver a Payrton, está muerto.

Myra se tambaleó. Lex la sostuvo con el brazo libre; aún tenía en la mano la pistola térmica.

Condujo a la joven hasta un diván próximo. Ella parecía sumamente

afectada.

—¿Cómo... lo han...?

—Pistolas antiguas, pero no por ello menos efectivas —contestó Lex. De repente, sintió celos—. ¿Qué significaba Payrton para ti? —preguntó.

—Era mi hermano, Lex.

—¿Qué? ¡Pero los apellidos...!

—Mi madre se casó dos veces. Payrton nació de su primer matrimonio.

—Entiendo —dijo él—. Myra, ¡no puedes figurarte cuánto lo siento!

Ella hizo un signo de aquiescencia.

—Ha sido un golpe terrible... Nos tratábamos relativamente poco, pero siempre nos habíamos guardado un gran afecto. Él tenía doce años más que yo...

Myra volvió a llorar. Lex buscó por la sala, hasta encontrar una botella y dos copas. El licor reanimó un poco a la joven.

—Tenemos que buscar a los asesinos, Myra —dijo más tarde, cuando ella se hubo rehecho un tanto—. ¿Vive tu padre aún?

—Sí, aunque ahora ni yo misma sé dónde está. Lex, es terrible; vive como un animal acosado, perseguido implacablemente...

—Por Tynson.

—Sí.

Lex reflexionó unos momentos.

—Myra, quizá no te guste lo que voy a decir, pero es urgente que nos marchemos de aquí. Es desagradable tener que abandonar así al pobre Andrew, pero ya no podemos hacer nada por él.

—Comprendo —murmuró ella.

—Tengo una pista. Quizá podamos encontrar a Tynson. Tú no sabes dónde está, ¿verdad?

—No, en absoluto.

—Bien, entonces, no perdamos tiempo. ¿Has oído hablar alguna vez de Salmson Fields?

—Nunca, Lex.

—No importa. Ya lo averiguaremos de un modo u otro. Ahora vámonos, Myra.

Ella se puso en pie.

—El pobre Andrew sabía, quizá, dónde estaba mi padre —dijo.

—Sí, pero ya no nos lo dirá. Vamos —insistió él.

Abandonaron la trágica residencia. Momentos después, estaban en la calle.

—¿Cómo supones que Tynson puede hallarse en ese lugar llamado Salmson Fields? —preguntó Myra a los pocos momentos.

—Puede ser que Tynson esté ahí... o puede que sea el actual escondite de tu padre. ¿Qué tal se relacionaba con Andrew?

—Bien, siempre fuimos una familia bastante unida. Nunca hubo motivos de discordia entre nosotros.

—El pobre Andrew no murió por nada —dijo él ceñudamente—. En cambio, quienes le mataron, pagarán por mucho. ¿Sabes algo de un proyecto... «quinta parte»? —preguntó él de repente.

La joven le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó.

—Me lo ha dicho la viuda de Chandford, que fue la que me recomendó que visitara a tu hermano. Pero no ha podido decirme nada más, excepto que su esposo estaba encargado de desarrollar la quinta parte de un proyecto. ¿Sabes tú algo?

—Lo mismo que la señora Chandford. Mi padre tiene que desarrollar su quinta parte, eso es todo, Lex. Creo que Andrew colaboraba con él... y quizá por eso lo mataron.

El joven concibió de repente una súbita sospecha.

—¿Sabes si tu padre se relacionaba con Chandford, Steany y Painter? —inquirió.

—No. Trabajaba independientemente.

—Es curioso —murmuró él—. Una quinta parte de un proyecto... del que nadie parece saber nada. Bueno, tal vez averigüemos algo en Salmson Fields.

—Pero si no sabemos siquiera dónde está eso...

Lex sonrió maliciosamente.

—Es posible que alguien nos ayude —dijo.

Media hora después, se detenían ante la puerta de «El Descanso de los Vagos». Mac abrió unos ojos como platos al ver entrar a la pareja.

—Al fin lo consiguió, Lex —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

Lex asintió.

—Mac, te presento a Myra Darben. Myra, éste es Mac, un buen amigo mío.

—¿Cómo está, señor...?

—Mac a secas —dijo el tabernero—. ¿Les sirvo algo?

—Sí, dos cafés. Mac, necesitamos de ti.

—Para lo que sea, cuente conmigo, Lex. Y la señorita también, no faltaría más. ¿De qué se trata?

Lex sacó una agenda, escribió en ella dos palabras, arrancó la hoja y se la entregó al tabernero.

—Trate de indagar si alguno de sus clientes ha oído hablar alguna vez de este lugar. Prometa cien «pavos» al que lo averigüe, pero hágalo con discreción. Es un asunto mucho más importante y más grave de lo que parece a simple vista.

Mac asintió.

—Cuente con ello, Lex —repuso—. Apenas sepa algo, se lo diré. ¿Qué les sirvo para beber... después de los cafés?

Lex sacó el dinero y lo dejó encima del mostrador.

—Ponme un «especial» de la casa. A Myra lo que guste.

—Café otra vez —pidió sencillamente la muchacha.

Mientras sorbía su bebida, Lex se preguntó qué clase de invento tan trascendente era el que estaban desarrollando, o habían desarrollado, el padre de Myra y cuatro científicos más.

Cada uno de ellos estaba encargado de desarrollar una quinta parte. Seguramente, al terminar los respectivos trabajos, cada quinta parte se uniría a las restantes formando un todo útil y armónico. Pero, ¿qué era ese todo?

De pronto, se dio cuenta de algo en lo que no había pensado hasta el momento. La frente se le cubrió de un sudor frío y palideció.

Capítulo IX

El dueño de «El Descanso de los Vagos» advirtió la repentina palidez de Lex y frunció el ceño.

—Oiga, ¿tan mal he preparado hoy mi «especial»? —exclamó—. Se ha puesto como un muerto...

Myra volvió los ojos hacia el joven y se alarmó.

—¿Qué te pasa, Lex? —preguntó.

—Es que... Recuerda, tu padre huido, porque teme por su vida, sin que nosotros sepamos dónde está. Chandford, Steany y Painter han muerto. Son cuatro hombres en total. Falta uno para completar el número de los que forman parte del equipo conjunto. ¿Dónde está? ¿Quién es?

—No lo sé —dijo Myra francamente.

—Tres han muerto. Uno anda huido, para no ser asesinado. El quinto corre peligro de morir asesinado también.

Hubo una pausa de silencio. Myra asintió lentamente.

—Tenemos que averiguar quién es. Sólo de ese modo podremos proteger su vida —contestó.

—Quizá, tu padre podría decírnoslo —sugirió él.

—Lex, te aseguro que no sé dónde está —respondió la muchacha.

Él se mordió los labios.

—En cuanto a Salmson Fields, independientemente de lo que Mac pueda conseguir, creo que yo sé dónde podremos averiguar algo —dijo—. ¿Quieres acompañarme?

Ella asintió.

—Sí, Lex.

—Nos vamos, Mac —dijo el joven—. No olvide mi encargo.

—Descuide. Váyanse tranquilos.

Lex y Myra salieron a la calle. Apenas habían dado un paso fuera del local, ella lanzó un agudo grito:

—¡Lex, allí, frente a nosotros!

El joven volvió la vista. Los dos pistoleros que ya le habían atacado una vez, se disponían a hacerlo de nuevo.

Sin embargo, ahora, dándose cuenta de que las armas corrientes resultaban inútiles, se disponían a emplear otra de mayor potencia: un lanzagranadas portátil. Lex advirtió, con una fugaz ojeada, que el calibre del lanzagranadas superaba de largo los ochenta milímetros.

Uno de los pistoleros tenía apoyado el tubo en su hombro. El otro, detrás de él, afinaba la puntería.

De repente, Lex sintió que Myra se le abrazaba estrechamente. Por un instante, creyó que la muchacha se dejaba llevar por el pánico y trató de

soltarse de ella.

—¡No, Myra...! —empezó a gritar.

De repente, todo cuanto le rodeaba desapareció de su vista durante una fracción de segundo. Vagamente, sin embargo, entrevió el rojo resplandor de un fogonazo y casi en seguida oyó un clamoroso estampido.

Los pistoleros le aparecieron repentinamente empequeñecidos. Lex, atónito, se dio cuenta de que estaba a cien metros de distancia de ellos.

Myra continuaba colgada de su cuello. Los pistoleros no sabían qué hacer. La granada había reventado junto a la puerta de la taberna. Se oían gritos de alarma por todas partes.

Lex vio empequeñecerse de nuevo a la pareja de matones. Comprendió que Myra acababa de dar otro salto de cien metros, transportándole a él en sus brazos. Un tercer salto, de análoga distancia, les hizo desaparecer de la escena definitivamente.

Myra le soltó entonces.

—Siento haber tenido que actuar de esta manera, pero no había otro remedio —dijo.

Lex continuaba aún bajo la impresión de aquellos saltos tan extraordinarios, que se habían producido en el breve espacio de otros tantos segundos.

—¿Qué clase le aparato empleas? —preguntó—. No veo que lleves...

—Está bajo la ropa, directamente sobre mi cintura —respondió ella—. Pero ahora no podemos perder tiempo en explicaciones. ¿No dijiste que sabías dónde podríamos conseguir algo?

Lex hizo un signo afirmativo.

—Sí. Vamos —contestó, todavía aturdido.

Caminaron normalmente unos cincuenta o sesenta pasos. A lo lejos, se escuchaba el débil sonido de una sirena policial.

Un taxi libre pasó cerca de ellos. Lex lo detuvo. Entraron en el vehículo. Lex dio al conductor una dirección y, media hora después, se detenían frente al edificio donde vivía Shanita Hoolam.

Myra ya estaba enterada de los propósitos de Lex y había dado su consentimiento para que el joven los pusiera en práctica. Unos minutos más tarde llamaban a la puerta del piso de la señora Hoolam.

Lex se quedó prudentemente a un lado, empuñando a guisa de precaución la pistola térmica. Myra se situó frente a la puerta. Así, pues, cuando Shanita acudió, sólo pudo ver a una joven desconocida a través de la mirilla.

Abrió la puerta. Entonces, Lex apareció repentinamente y apoyó la pistola en el estómago de la voluminosa mujer.

—¡Usted! —resopló ella, sin impresionarse demasiado por la presión del arma.

—El mismo —respondió Lex placenteramente—. Retroceda, por favor, señora Hoolam. La señorita Darben y yo tenemos que hablar con usted. O usted con nosotros, tanto da.

Los menudos ojillos de la mujer parecieron chispear al oír el apellido de la muchacha. Luego, silenciosamente, retrocedió unos pasos.

Myra cerró la puerta. Entonces, Shanita dijo:

—¿Qué clase de cacharro es ése?

Lex apuntó a un sillón y abrasó una de sus patas con una descarga calórica. El rayo térmico provocó una intensísima oleada de calor durante una fracción de segundo.

La cara de Shanita se puso gris.

—Usted no empleará ese cachivache con una mujer —dijo—. Usted es un caballero...

—En este momento, he olvidado todas las nociones de gentileza que aprendí en la escuela —dijo él crudamente—. Señora Hoolam, seamos claros. Usted está en contacto con un tal Tupper Tynson.

—No es cierto...

Lex lanzó una descarga a los pies de la mujer. Shanita pegó un salto y retrocedió dos pasos de un golpe.

—He dicho que íbamos a ser claros —gruñó Lex—. Usted está en contacto con Tynson. Nosotros queremos averiguar cuál es la residencia actual de Tynson. Se han cometido ya tres asesinatos y hay dos más en perspectiva. Las vidas que se han perdido y las que pueden perderse, son mil veces más importantes que la de usted. ¿Comprende el significado de mis palabras?

Shanita miró alternativamente a sus dos visitantes. Myra permanecía inmóvil, sin ninguna expresión en su rostro. Lex continuaba apuntándole con el arma.

De pronto, Myra dijo:

—Señora, la vida de mi padre corre serio peligro. No voy a perder el tiempo suplicándole. Sólo le diré que, si no habla, yo misma pediré al señor Gard que me deje su pistola para abrasar su sucio corazón.

Shanita tragó saliva. Era lo suficientemente lista para comprender cuándo estaba derrotada.

—Tynson está en Salmson Fields —contestó—, pero yo no sé dónde se encuentra ese lugar.

—¿Se comunica Tynson con usted?

—Muy pocas veces y siempre es él quien me llama.

—Para darle instrucciones, ¿no es cierto? —dijo Myra.

—Sí...

—¿Cuáles son las últimas que ha recibido? —preguntó Lex.

Shanita apretó los labios. Myra alargó el brazo y tomó la pistola de

manos del joven.

—Conteste a esa pregunta, señora —ordenó, con ojos llameantes.

La mujer parecía a punto de sufrir un ataque de rabia.

—Se llama Jeremy MacLaren y vive en la calle 817, número 1992 —contestó.

—¿Qué tiene que hacer usted a MacLaren? —preguntó Lex.

Shanita volvió a callar. Myra alzó la mano armada.

—Responda, señora —dijo.

—Ty... Tynson me ha encargado preparar su... su muerte...

—Suficiente —dijo Lex—. Myra, vámonos a ver a MacLaren. Es preciso hablar con él y convencerle de que debe esconderse durante algún tiempo. Dame la pistola, por favor.

Ella accedió. Lex apuntó al visófono y lo destrozó con una breve descarga calórica. Shanita lanzó un aullido de furor.

—Vámonos, Myra —repitió Lex.

En aquel momento, la puerta se abrió de golpe. Dos hombres, uno de los cuales era portador de una pesada maleta, irrumpieron en la estancia.

—¡Shanita! —dijo uno de ellos—. La pareja consiguió escapar.

El hombre había hablado, sin darse cuenta de que Shanita no estaba sola. De pronto, vio a Lex y Myra.

Shanita vomitó una orden:

—¡Mátalos, Ryman! —rugió.

El hombre intentó sacar una pistola. Lex fue mucho más rápido y le abrasó el corazón con una descarga de calor.

El otro soltó la maleta y alzó los brazos.

—¡Alto! —dijo, lívido y descompuesto al ver que su compinche caía fulminado al suelo—. ¡Yo me rindo!

—Así está mejor —contestó Lex—. Myra, acércate a él por detrás y quítale la pistola que, sin duda, lleva bajo las ropas.

La muchacha obedeció sin vacilar.

—Ya está, Lex —dijo.

—Muy bien. Ha llegado la hora de emprender la retirada —sonrió él—. Gracias por la información, señora.

Se dirigieron hacia la puerta. Myra salió en primer lugar. Lex la siguió y cerró. Luego lanzó una pequeña descarga de calor hacia la cerradura.

Brotó un poco de humo. Lex se volvió hacia la joven.

—He fundido la cerradura, de tal modo que se ha soldado con la pieza de metal del marco. Podrán salir, pero no inmediatamente.

—Una buena idea —aprobó ella—. ¿Vamos a casa de MacLaren?

—Ahora mismo.

Descendieron a la calle y caminaron en busca de un taxi. Lex estuvo a punto de pedir a la muchacha que emplease su propio y mucho más rápido

medio de transporte, pero se abstuvo de hacerlo, pensando en que si ella no quería, debía de tener sus motivos para desplazarse normalmente.

El domicilio de MacLaren estaba casi en el otro extremo de la ciudad. Cuando llegaron, una hora más tarde, vieron una gran multitud reunida en la acera.

Lex agarró a Myra por el brazo.

—¡Cuidado! —murmuró.

Ella se había puesto pálida.

—Hemos llegado tarde —murmuró.

Un par de policías trataban de imponer el orden. Se oyó a lo lejos el aullido de una sirena.

Oyeron diversos comentarios.

—Alguien le dio una puñalada y ha muerto inmediatamente.

—Nadie ha visto al asesino...

—Iba paseando tranquilamente por la calle, lanzó un grito y cayó al suelo...

Lex y la muchacha se miraron en silencio.

Habían llegado demasiado tarde.

Cuatro hombres habían muerto ya. Faltaba uno...

Y ninguno de ambos sabía si el padre de Myra continuaba con vida en aquellos momentos.

Veinticuatro horas más tarde, se dio la noticia de que el cerebro de Jeremy MacLaren había desaparecido misteriosamente. Lex y Myra no sintieron ninguna extrañeza al conocer la noticia.

Capítulo X

El hombre que se acercó al mostrador de «El Descanso de los Vagos» era pequeño, esmirriado y bizqueaba ligeramente de un ojo. Pidió un doble de aguardiente de maíz y cuando Mac se lo hubo servido, dijo:

—Descuente el importe de los cien dólares que usted guarda ahí para mí, amigo.

Mac contuvo un gesto de sorpresa. Por fin, después de tantos días de preguntar a unos y a otros, iba a encontrar la respuesta largamente buscada.

—La invitación corre por cuenta de la casa —dijo—. Los cien dólares serán íntegros para usted, señor...

—Lowell, Pete Lowell —contestó el individuo—. ¿Puedo ver el dinero?

Mac sacó un billete de a cien.

—Aquí está —dijo, aunque sin soltar el rectángulo de papel, manteniéndolo sujeto por una esquina con el índice y el pulgar—. ¿Qué me dice de Salmson Fields, compañero?

—Hay que llegar al Nesh Creek y seguir por la orilla arriba durante unos dos mil metros. Hay un buen camino —aclaró Lowell—, estrecho, pero permite el paso de un automóvil.

—Siga —pidió Mac.

—Bueno, a los dos kilómetros, el Nesh recibe un afluente mucho más pequeño. Siguiendo el curso de éste, a los mil doscientos metros, se encuentra uno con Salmson Fields. No se puede perder, compadre; pasará primero por un bosquecillo de sicomoros, luego por un salto en cascada de unos diez metros de altura y al otro lado está Salmson Fields, al pie de dos colinas que parecen gemelas. ¿Vale?

—¿Hay alguna casa al pie de las colinas? —preguntó Mac.

—Sólo las ruinas de una vieja cabaña de caza, pero allí no vive nadie. —Lowell alargó la mano y se apoderó del billete—. Gracias por la copa, Mac.

El esmirriado individuo desapareció casi en el acto. Sin pérdida de tiempo, Mac se dirigió al visófono y llamó a Lex.

El joven estaba trabajando en una nueva portada. Dejó los pinceles a un lado y dio el contacto.

—¡Hola, Mac! —dijo, al ver en la pantalla la cara del tabernero—. ¿Noticias?

—Sí. Acabo de entregar los cien dólares, Lex.

—¡Eso es estupendo, Mac! —exclamó Lex, lleno de alegría—. ¿Quién te ha dado la noticia?

—Un tal Pete Lowell. No le conozco, ni le había visto en mi vida, pero

quizá es amigo de alguno de mis clientes...

—Puede ser —sonrió el joven—. Vamos, Mac, suéltelo ya de una vez.

Mac habló durante algunos minutos. Al terminar, Lex dijo:

—Gracias, Mac. Ha sido una buena labor.

Y cortó la comunicación. Entonces percibió la presencia de Myra a su lado.

—¿Has oído? —preguntó, volviéndose hacia ella.

Myra asintió.

—Sí, pero...

—¿Te sucede algo?

—Lex, temo que se trate de una trampa. Tynson es muy astuto y está lleno de ardides. No me gusta lo que Mac acaba de decimos.

—Un presentimiento femenino, ¿eh? —murmuró él.

—Llámalo como quieras, pero siento unos recelos de los que no consigo desprenderme. ¿Piensas ir, Lex?

El joven hizo un signo afirmativo.

—Comprobaré si Lowell ha dicho la verdad o se trata de un engaño de Tynson —respondió.

Myra suspiró.

—Está bien. Yo también iré contigo. —Y añadió—: Merece la pena comprobar los informes de Lowell.

Reflexionó unos momentos. Lex la contemplaba atentamente. De pronto, Myra dijo:

—¿Lex, has preguntado a Mac qué aspecto físico tenía su informador?

—Pues... no, no se me ha ocurrido. ¿Quieres que lo llame de nuevo?

—Sí, anda, hazlo.

Momentos después, tenían la respuesta de labios del propio Mac:

—Lowell es pequeño, canijo y bizquea ligeramente. Tendrá unos cuarenta y tantos años, no más...

Myra se estremeció al oír la respuesta del tabernero.

—¡Es una trampa! —exclamó—. No se llama Lowell, sino Crayne. Era... o es todavía, una especie de ayudante, de mozo de recados de Tynson. A mi padre no le gustó nunca, pero como tampoco tenía nada contra él, toleraba que Tynson lo tuviese a sus órdenes.

Lex se había quedado sumamente pensativo. De pronto, se levantó y empezó a buscar en su pequeña biblioteca.

Momentos después, extendía sobre la mesa un mapa de la comarca.

—Aquí está el Nesh Creek —dijo—. El afluente también ha sido señalado... y las dos colinas gemelas aparecen igualmente. Es un lugar completamente desierto.

—El lugar ideal para hacer desaparecer a dos personas sin que nadie pueda hallar sus cuerpos jamás —dijo Myra sombríamente.

Lex guardó silencio un momento.

—No puede ser que Tynson sea tan tonto como para enviar a alguien que pueda ser identificado fácilmente —dijo al cabo—. Esto encierra algún doble sentido...

—Una trampa —insistió ella.

—Sí, pero de distinta clase a la que esperamos, Myra. Fíjate, ahora ya sabemos que Tynson es el autor del mensaje. Comprensiblemente, Tynson ha de esperar que una vez que conocemos sus propósitos, nos quedemos quietos en casita.

—Parece lógico, en efecto —convino la joven.

—Y si nos quedamos quietos en casita... la trampa explotará aquí mismo —dijo Lex, poniéndose en pie de un salto—. ¡Myra, tenemos que largarnos inmediatamente de aquí, antes de que sea demasiado tarde! ¡Prepara tus cosas, aprisa!

Diez minutos más tarde, salían del apartamiento.

—¿Adonde vamos a ir ahora? —preguntó ella, una vez estuvieron a bordo del automóvil de Lex.

—Al lugar señalado por Crayne. Tynson no esperará, ciertamente, que vayamos allí, aunque lo cierto es que llegaremos por un sitio distinto al indicado.

—Pero... si es un sitio donde no hay nada —objetó Myra.

—¿Cómo puedes estar segura de ello? Explorar el terreno no nos costará nada, creo yo y, de paso, les damos tiempo a que hagan funcionar la trampa.

Myra no quedó muy convencida de los argumentos de Lex. Pero no quiso insistir en sentido contrario. Por su parte, Lex se dio cuenta de que Myra no parecía ir muy a gusto, aunque ello no le hizo desistir de sus propósitos.

Media hora más tarde, abandonaban la ciudad, lanzados a toda velocidad por una autopista elevada que se dirigía al sur. Treinta kilómetros más adelante, Lex viró a su derecha y abandonó la autopista, metiéndose por un camino secundario que serpenteaba entre árboles. Un riachuelo de aguas limpias y murmurantes corría a pocos metros del camino.

—Ahí tienes el Nesh Creek —dijo.

—Estamos siguiendo precisamente la misma ruta que indicó Crayne —contestó ella.

Lex sonrió.

—Por poco tiempo, créeme, por poco tiempo —contestó sibilinamente.

* * *

El hombre que entró en «El Descanso de Los Vagos» aparentaba poco

más de cincuenta años, era grueso, sin ser obeso, y tenía el pelo casi blanco. Sus ojillos de miope estaban escondidos tras unos gruesos vidrios, sujetos por una montura de concha negra.

Tímidamente, se acercó al mostrador y pidió un refresco. Mac le miró casi con hostilidad. «Pide un refresco. ¿Y por qué no un vaso de leche y unas galletitas?», pensó acremente.

—Sí, señor —dijo.

Puso el vaso de refresco ante su cliente. Luego continuó limpiando vasos; la taberna estaba casi desierta a tales horas de la mañana.

El hombre tomó un sorbo de la bebida. Luego miró a Mac y dijo:

—Tengo entendido que usted conoce a mi hija.

Mac enarcó las cejas.

—Aquí vienen algunas mujeres —respondió—. A unas les conozco sus padres y a otras no. Generalmente, no me meto en líos —añadió intencionadamente—. Y no vendo drogas, y si alguna se emborracha, la saco inmediatamente a la calle.

—Ella no toma drogas ni es una alcohólica. Se llama Myra Darben. Sé que ha venido aquí más de una ocasión.

—¿Usted es el padre de «Cabellos Largos»? —preguntó.

—¿Cómo? Ah, sí, Myra tiene una bonita cabellera. Sí, soy su padre. Me llamo Félix Darben. ¿Cuánto tiempo hace que no ha visto a mi hija?

—Bueno, realmente... ¿Seguro que es usted su padre? —preguntó Mac desconfiadamente.

—Si quiere ver mi documentación...

Mac levantó una mano con magnánimo gesto.

—No, no es necesario; la cara de buena persona se le ve a usted en el acto. Mire, yo le diré dónde puede encontrar a la chica. Seguro que está en casa de su prometido.

Darben pegó un respingo.

—Que yo sepa, Myra no tenía novio —contestó.

—La juventud de hoy día es un asco —declaró Mac filosóficamente—. No cuentan para nada con los padres, todo quieren hacérselo ellos... Mire, yo tengo una hija de diecisiete años que...

—Por favor, estoy interesado en mi hija —le interrumpió Darben con voz impaciente.

—Sí, claro, claro... Bien, yo le daré ahora la dirección de la casa de su prometido. Vaya allí y...

Minutos más tarde, Félix Darben llamaba al timbre de la puerta del departamento de Lex. Insistió varias veces hasta que, de repente, la puerta giró a un lado.

Darben asomó la cabeza.

—¿Señor Gard?

Algo duro le golpeó en la parte alta de la nuca. Darben emitió un ligero gritito y se desplomó de bruces al suelo.

—¿Quién es este tipo? —preguntó «Cara de Piedra».

Shanita Hoolam salió de detrás de la puerta, donde había estado escondida hasta aquel momento.

—No lo sé —respondió—. No lo he visto en mi vida. Mételo adentro, Goggan.

«Cara de Piedra» arrastró por los pies al científico. Luego cerró la puerta.

—¿Te parece que le registre? —preguntó.

—Hazlo —contestó Shanita, muy ocupada, al parecer, en ordenar los cables de un aparato en forma de receptor de radio.

Medio minuto después, sonó una rotunda interjección.

—¿Qué te pasa, Goggan? —preguntó Shanita, extrañada.

«Cara de Piedra» se levantó, blandiendo una billetera.

—¡Es Félix Darben! —exclamó.

Shanita dejó su trabajo a un lado y se puso en pie de un salto.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

—Toma, míralo tú misma.

La mujer examinó atentamente la tarjeta de identidad del científico. Se mordió los labios, permaneció inmóvil un instante y luego corrió hacia el visófono.

Marcó un número precipitadamente. No tardó en tener ante sus ojos la cara de Tynson.

—Hola, Shanita —dijo el hombre—. ¿Por qué me llamas tan pronto? ¿Es que acaso la pareja ha...?

—Señor Tynson, creo que voy a darle una noticia algo más agradable —respondió ella. Hizo una señal con la mano—. Goggan, pon a ese hombre delante del visófono.

«Cara de Piedra» se inclinó, cogió a Darben por debajo de los sobacos y lo llevó ante el visófono. Tynson dejó escapar en el acto una sonora exclamación.

—¡Pero eso es magnífico! ¿De dónde lo habéis sacado?

—Vino a esta casa, no sabemos de dónde... —respondió Shanita.

—No importa —atajó Tynson vivamente—. El caso es que, por fin, ha caído en nuestro poder. Dejad todo y traédmelo inmediatamente. Cuidado que no se os escape, ¿estamos?

—No se escapará —rió Shanita satisfecha—. Nosotros nos encargaremos de él.

—¿Qué hay de los otros dos? —preguntó Goggan—. ¿Seguimos adelante o...?

—No —respondió Tynson—. Los planes cambian ahora. Shanita, deja

una nota para la chica, indicándole dónde puede encontrarnos.

—¿Para qué? Ya tenemos al padre...

—Sí, pero de este modo, nos desharemos también de ella. Y de ese entrometido dibujante que la acompaña a todas partes. Hoy mismo habremos acabado con la amenaza que representan ambos.

Capítulo XI

En lo alto de la colina hacía calor. Lex se dejó caer en el suelo, sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor que brotaba de su frente.

—Y eso que todavía estamos en la primavera —rezongó—. Imagínate qué será en pleno verano.

Myra no contestó. Tendida de bruces a su lado, miraba hacia abajo. Al pie de la colina se veían las ruinas indicadas por Crayne.

—Allí no puede haber nadie —dijo.

Las paredes de la cabaña, que se mantenían en pie parcialmente, habían dejado de sostener el techo. Quedaban algunas vigas; el resto del maderamen había desaparecido, quemado por los merodeadores.

—No, no puede haber nadie —murmuró Lex—. Y sin embargo...

Paseó la vista a su alrededor. Las dos colinas, en efecto, parecían gemelas. Su cúspide era casi semiesférica y estaban separadas por una distancia de unos trescientos metros.

En línea recta, desde la cumbre a las ruinas, habría unos ciento cincuenta metros. La altura relativa de las colinas era de unos sesenta o setenta.

El suelo era terroso, suelto. Crecían algunas matas, pero prácticamente podía decirse que no había vegetación. Eran dos lomas peladas, sin un solo árbol, en contraste con los que abundaban por la llanura circundante, de suaves ondulaciones. Al fondo, se divisaba una doble hilera de álamos; por el centro corría el afluente del Nesh Creek.

Lex golpeó el suelo con el puño.

—A pesar de todo, creo que la solución está en este lugar —dijo.

—Yo no veo el menor indicio que pueda darnos una pista —manifestó la muchacha.

Lex se puso en pie. La absoluta soledad del paraje invitaba a abandonar las precauciones.

—Si hubiera alguien en la cabaña, lo veríamos de inmediato —dijo—. Sólo si estuviésemos a su nivel, podría esconderse tras uno de los muros medio derruidos...

Avanzó unos pasos. De pronto, tropezó con una piedra y la hizo rodar.

La piedra dio varias vueltas por la pendiente. Tropezó con otra, saltó cosa de medio metro y cayó. Se oyó un ruido singular, algo así como el golpe de un martillo contra una gruesa plancha de metal.

—¿Eh? —exclamó Lex, extrañado—. ¿Qué es eso?

Se acercó al lugar donde había caído la piedra.

Myra le siguió intrigada. También había oído aquel extraño sonido.

—Parece como si la piedra estuviese hueca —dijo

Lex. Se inclinó para recogerla y la sopesó con la mano.

—Pues no, no está hueca.

Tanteó con el pie. La tierra se desmenuzó fácilmente. Una cosa oscura y un tanto brillante apareció en el acto ante sus ojos.

—¡Myra, ven!

Lex se puso de rodillas y empezó a escarbar con las manos. Ella se arrodilló también y le ayudó en aquella labor.

Minutos más tarde, tenían un trozo pelado de unos dos metros cuadrados de extensión. Una gran plancha oscura, de escaso brillo, que parecía formar parte de alguna gran estructura curva, apareció ante sus pupilas.

Lex golpeó la plancha con los nudillos. Se oyó un ligero tañido musical.

—¡Es vidrio, Myra! —exclamó.

Y casi en el acto, se acordó del viejo laboratorio donde había estado y que Tynson había hecho saltar por los aires.

—¡Myra, lo hemos encontrado! —exclamó, ebrio de alegría.

—Es cristal —convino ella—. Pero no podemos ver nada desde el interior...

Lex contempló a la muchacha, durante unos segundos. De pronto, alargó la mano.

—Dame uno de tus pendientes —pidió.

Ella se lo dio inmediatamente. Lex tomó la joya, adornada con un grueso diamante. La examinó un instante y movió la cabeza con gesto admirativo.

—Oye, ¿sabes que este pendiente vale una fortuna?

—exclamó.

Myra sonrió.

—De mi abuela pasó a mi madre y ahora son míos

—contestó.

—Estas cosas ya no se ven hoy día —suspiró él melancólicamente. Luego, con gesto resuelto, trazó un círculo de medio palmo de diámetro. El chirrido del diamante al cortar el cristal resultaba inconfundible.

Lex devolvió el diamante a su dueña. Luego dijo:

—El problema estriba ahora en sacar el trozo de vidrio. Sí golpeamos el sector cortado con el diamante, caerá abajo y...

—¿Seguro que caerá? —preguntó Myra. Movió la mano en un ademán circular—. ¿No te parece éste un vidrio demasiado sencillo para soportar toda esta estructura?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lex.

—Sencillamente, que es muy probable que debajo haya otra capa de... de lo que sea.

—¿Una especie de cúpula doble?

—Sí, eso creo yo.

Lex vaciló un momento. Luego dijo:

—No vinimos preparados para una cosa semejante. —Y, de pronto, dio un seco golpe en el sector del vidrio cortado con el diamante.

Se oyó un seco chasquido. El círculo de vidrio cayó hacia el interior. Casi en el acto, sonó ruido de cristales rotos.

Lex se inclinó y miró a través de la abertura. Un segundo más tarde, se incorporó, lleno de desconcierto.

—¡No se ve nada!

—Déjame —pidió Myra.

Lex se apartó a un lado. Myra abrió su bolso y extrajo de él una linterna, cuyo rayo proyectó al interior del orificio.

—Hay algo a dos metros —dijo, tras unos segundos de observación—. No se ve bien, pero yo diría que es una cúpula interna, paralela a la exterior. ¿Probamos a entrar?

—Con tal de que el vidrio resista el peso de nuestros cuerpos... —dijo él, aprensivamente.

—Lex, estamos ahora sobre una cúpula de vidrio que, además de aguantarnos a nosotros, aguanta también el «maquillaje» en forma de colina —le recordó Myra con una sonrisa.

El joven asintió.

—Bien, dame otra vez tu diamante —dijo.

Ahora, Lex cortó un círculo de más de un metro de diámetro. Al terminar, sacó un pañuelo para protegerse la mano y agarró el cristal por el agujero que había hecho antes. Dio un seco tirón y el vidrio saltó hacia arriba.

Lex arrojó a un lado el vidrio. Ahora ya entraba más luz y pudo ver mejor.

—Parece otra cúpula análoga —comentó.

—Sí, eso creo yo —convino Myra—. ¿Entramos?

Lex se sentó en el borde y con todo cuidado se dejó caer. La cúpula interna estaba a menos de dos metros y resistió perfectamente su peso.

Elevó los brazos para ayudar a descender a la muchacha. Sus cabezas rozaban el oscuro caparazón de la bóveda externa.

—No entiendo qué objeto puede tener la existencia de dos cúpulas paralelas —dijo ella al posar sus pies en el suelo interior.

—Tal vez una rigurosa climatización —sugirió Lex.

—Sin variaciones térmicas.

—Posiblemente.

—En ese caso, les hemos estropeado la climatización, Lex.

—Ellos han estropeado más cosas y de valor infinitamente superior —

gruñó él—. Dame la linterna, por favor.

Myra se la entregó. La luz que penetraba por el orificio se perdía a cierta distancia. De todos modos, era fácil apreciar la curvatura cupular de la bóveda interior, que seguía siendo opaca.

Con las manos enlazadas empezaron a andar. La pendiente, por el momento, era fácilmente soportable. Lex se preguntó qué ocurriría cuando hubiesen avanzado unas docenas de metros. A veinticinco de la entrada, reinaba ya una oscuridad impenetrable.

Veinte metros más adelante, el suelo tomó una inclinación peligrosa.

— Ya no podemos seguir —musitó la joven—. A menos que nos dejemos resbalar..., pero no sabemos dónde acaba la cúpula...

Lex alargó el brazo. De pronto, creyó ver algo que le hizo concebir ciertas esperanzas.

—Siéntate en el suelo y déjate ir, Myra —aconsejó—. Haz como si estuvieses en un tobogán infantil.

Ella obedeció. Lex hizo lo propio. La misma pendiente, acentuándose más a cada metro que recorrían, facilitó su descenso. Segundos después, posaban los pies en un trozo de terreno completamente liso y horizontal.

—Es el soporte de la cúpula —dijo él.

Calculó que el diámetro no bajaba de los sesenta o setenta metros, triple del de la cúpula del otro laboratorio. Dieron una vuelta completa, sin conseguir hallar una entrada.

—Estamos atrapados en una especie de callejón sin salida —dijo Lex —. La cúpula externa nos cierra el paso y ésta...

—Tengo mi pendiente —indicó Myra.

—Sí, lo sé, pero me gustaría no tener que utilizarlo.

Súbitamente, un vivo resplandor hirió sus ojos, deslumbrándoles y obligándoles a cerrarlos. Lex reaccionó en el acto y agarró la mano de la joven.

—Tiéndete en el suelo, pronto.

Myra obedeció en el acto. Ahora ya podían ver lo que había al otro lado de la cúpula.

Se trataba de una vasta habitación de forma cilíndrica, con muros de unos seis metros de altura, los cuales sustentaban las estructuras de las dos bóvedas. En el interior de aquella gran habitación vieron una serie de aparatos que les dejaron atónitos.

—¿Qué es eso, Lex? —preguntó la joven.

—Myra, soy dibujante, abogado y médico, además de algunas otras cosas —respondió él—. Sin embargo, es la primera vez que veo... ¡Calla!

Dos hombres, vestidos ambos con bata blanca, acababan de entrar en la estancia. Myra tocó a Lex en un brazo.

—Tynson es el de la derecha —murmuró.

El joven asintió. Conocía a los dos individuos; los había visto una vez en el laboratorio destruido. Les vio dirigirse a una batería de extraños aparatos, situados en el lado opuesto, y observarlos durante unos momentos.

Tynson se volvió de pronto, mirando hacia todas partes, con expresión de perplejidad.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó la muchacha.

Lex lo adivinó en el acto.

—El aire contenido entre las dos cúpulas tenía una temperatura determinada —contestó—. Ahora, por el orificio abierto, ha entrado aire exterior, a mayor o menor temperatura, pero diferente, en todo caso. Sus termómetros lo han acusado, eso es todo.

—Deben de ser unos termómetros muy sensibles —opinó Myra.

—Imagino que sí, dado que sus experimentos han de precisar una temperatura extremadamente uniforme... ¡Myra!

Tynson y el otro sujeto echaron a correr, dirigiéndose a una puerta situada en el extremo opuesto. Instantes después, el vasto laboratorio quedaba vacío.

—¡Ahora nos toca a nosotros! —exclamó Lex resueltamente.

Myra no necesitó de más indicaciones. Sin pronunciar palabra, entregó a Lex uno de sus pendientes.

Capítulo XII

Lex cortó un círculo de la suficiente anchura para que pudieran pasar holgadamente sus cuerpos. Luego pegó un codazo y el fragmento de vidrio cayó al interior, rompiéndose en mil diminutos pedazos con notable estrépito.

—Si lo han oído... —dijo ella temerosamente.

—Es tarde ya para echarse atrás. ¿Te has dado cuenta? ¡Sale aire caliente!

Era cierto. Un fuerte chorro de aire cálido les dio de lleno en el rostro. Lex sonrió complacido:

—Me parece que, sea lo que sea, les hemos hecho polvo el experimento —dijo—. Bien, ahora queda en pie el problema de salvar los seis metros o más que nos separan del suelo del laboratorio. Myra, yo me tenderé boca abajo y tú te cogerás a mis manos; quedarás suspendida y...

—No hará falta —atajó ella—. Ponte en pie, Lex.

El joven obedeció. Myra se le abrazó inmediatamente.

—Oye, pues me gusta —dijo Lex sonriendo.

Myra se sofocó.

—Éste no es momento de bromas —dijo.

—Hablo completamente en serio.

Los ojos de Myra brillaron un instante. De pronto, movió la cabeza y rozó con sus labios los del joven.

—Te lo mereces —murmuró.

Y luego, en una fracción de segundo, antes de que Lex tuviera tiempo de reaccionar, se encontraron en el suelo del laboratorio, por medio de aquella extraña forma de transporte que utilizaba Myra y que Lex aún no había conseguido saber en qué consistía.

Una vez abajo, Myra se separó de él. Lex echó a correr hacia la puerta, hallando que era de un tipo común. Pasó el cerrojo y se volvió hacia la joven.

—Ahora ya estamos seguros —dijo.

Myra cruzaba el laboratorio en dirección a los aparatos que habían estado examinando Tynson y su desconocido acompañante. De pronto, lanzó un grito.

—¡Lex, mira!

El joven volvió los ojos. Myra tenía el brazo derecho extendido en dirección a determinado punto.

El rostro de la joven aparecía palidísimo y su esbelto pecho subía y bajaba con rapidez. Parecía a punto de desmayarse.

Lex volvió la vista lentamente. Un fuerte estremecimiento recorrió su

cuerpo de pies a cabeza.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa tan horrible! —exclamó.

Paso a paso, invadido por una morbosa curiosidad, se acercó a aquel lugar, donde había una batería de aparatos, todos completamente iguales.

Cada uno de ellos consistía en una especie de cajón de un metro y veinte centímetros de altura, por uno de anchura y metro y medio de fondo. La parte superior era completamente llana, excepto en el frontis, donde había un sector inclinado, como un cuadro de mando, con tablas, palancas y esferas indicadoras.

En la parte superior de cada uno de aquellos aparatos había una gran campana de vidrio. Cuatro estaban ocupadas; una se veía vacía.

Lex volvió la vista. Myra parecía a punto de perder el conocimiento.

Alargó la mano, sosteniéndola por un brazo. Ella le dirigió una sonrisa desvaída con unos labios casi carentes de color.

Las campanas ocupadas contenían cada una un cerebro humano. No era necesario ser un lince para saber a quiénes habían pertenecido aquellos cerebros, que flotaban en un líquido ambarino, completamente transparente, que parecía ser el medio fluido que les permitía continuar viviendo, aun después de muerto su dueño.

Lex se acercó más a una de las campanas. Al pie de la misma divisó un pequeño rótulo: Raymond Chandford.

La campana vacía tenía también otro rótulo: Félix Darben.

—Ésa es la destinada al cerebro de mi padre —gimió la muchacha.

—Hemos hallado su guarida —dijo él—. Si es necesario, la destruiremos.

—Pero con ello no salvaremos la vida a mi padre...

—Todavía no le han atrapado. ¡Aguarda un momento!

Lex acercó la cara a la campana de vidrio, hasta rozarla casi con la punta de la nariz. Sólo entonces se dio cuenta de que el cerebro allí contenido estaba sostenido por una finísima red metálica de hilos muy brillantes. Más hilos metálicos, de grosor no superior al de un cabello, partían de distintos puntos del cerebro en gran número, yendo a perderse en la base de la campana, apoyada directamente sobre la cara superior de la consola.

—Me parece que ya sé cuál es el objeto de estos aparatos —dijo, al cabo de unos minutos de atenta observación.

—¿Sí, Lex?

—Están extrayéndoles los conocimientos que sus dueños no quisieron entregar en vida.

Myra es estremeció, a la vez que cerraba los ojos un instante.

—Eso es horrible, Lex —murmuró—. ¿Sabes lo que significa?

—Explícate, por favor —pidió él.

—Si es cierto lo que dices... en tal caso, ¡los cerebros están vivos todavía!

Lex se puso rígido un instante.

—¡Demonios! —murmuró—. Eso no se me había ocurrido a mí.

Pero de pronto, creyó haber encontrado una objeción que contradecía por completo la afirmación de Myra.

—No lo creo —respondió.

—¿Por qué?

—Recuerda: los cerebros fueron extraídos de sus respectivos cráneos por lo menos veinticuatro horas después de las muertes de cada científico. Esos cerebros murieron en cuanto dejó de llegar a ellos el riego sanguíneo. Por tanto, es imposible que ahora estén vivos.

Myra sacudió la cabeza.

—Teóricamente, así debe de ser —dijo—. Pero estoy convencida de que siguen vivos... que siguen pensando, Lex. ¿Te imaginas qué horrible debe de ser? Un cerebro vivo, pensante... y separado de su cuerpo.

Lex se estremeció.

—Siento escalofríos —murmuró—. Pero ¿cómo han conseguido...?

—¿Por qué no seguimos explorando? —sugirió Myra.

—De acuerdo.

A la derecha de la batería de cerebros, había una gran máquina, con cinco pequeñas pantallas, igualmente en hilera, situadas a metro y medio de altura del suelo, de tal modo que venían a quedar casi al nivel de los ojos. Un poco más a la derecha, había otro aparato, cuya utilidad adivinó Myra en el acto.

—Un microscopio electrónico —dijo—. Se acercó, miró un poco la placa de características y exclamó—: ¡Lex, puede conseguir hasta seiscientos mil aumentos!

Lex silbó.

—¿Para qué tanto? —preguntó.

Myra volvió los ojos hacia la batería de cerebros.

—¿Quién sabe si para examinar a fondo las células cerebrales? —apuntó.

—¿Y este cacharro que tiene cinco pantallas?

Myra vaciló un momento. Era un artefacto que medía dos metros y medio de anchura, por dos de alto y otro tanto de fondo, enorme, pesado, con numerosos botones de control y esterillas indicadoras.

—No veo ningún cable externo —dijo—, aunque no me extrañaría nada que las conexiones estuviesen bajo tierra.

—¿Conexiones... con qué, Myra?

Ella señaló hacia las campanas de vidrio.

—Cada pantalla corresponde a un cerebro —afirmó.

—Y debe de traducir su... sus pensamientos... —balbució Lex, aterrado al comprender el objeto de aquel extraño cajón.

Myra calló un instante. Luego, de súbito, se acercó al aparato y empezó a manipular en algunos de los controles.

Una de las pantallas se iluminó a los pocos segundos. La iluminación oscilaba en intensidad, emitiendo suaves chispazos de tono amarillento.

De repente, aparecieron unas letras en la pantalla. Eran caracteres en mayúsculas, temblones, de contornos un tanto borrosos, pero, pese a todo, perfectamente legibles:

¡POR AMOR DE DIOS, DÉJENME TRANQUILO!
¡DÉJENME TRANQUILO! ¡DÉJENME DORMIR...
DORMIR... DORMIR...!

Myra exhaló un agudo grito y retrocedió dos pasos, tambaleándose como si fuera a caer al suelo. Lex sintió una infinita angustia al darse cuenta de que, sin cuerpo, aquel cerebro vivía... y padecía unos tormentos infinitos.

Se acercó a la consola. Estudió unos momentos los indicadores y, al cabo, creyó haber hallado el medio de comunicar con aquel cerebro.

Por la situación, supo que pertenecía a Chandford. Presionó una tecla y dijo:

—Señor Chandford, ¿me oye usted?

—Sí, LE OIGO PERFECTAMENTE. NO ME TORTURE
MAS... QUIERO DORMIR... DESCANSAR... POR FAVOR,
DEJE DE TORTURARME...

Las letras se formaban con relativa rapidez en la pantalla y permanecían en ella el tiempo suficiente para su fácil lectura. Lex sintió una infinita compasión por aquel desdichado, al que un par de sujetos carentes de conciencia obligaban a vivir sin su cuerpo, con fines cuyo objeto no se le alcanzaba todavía.

—Señor Chandford, usted me conoce —dijo el joven—. Soy Lex Gard. Usted me había citado en cierta ocasión para que le hiciera unos dibujos... Quiero ayudarle...

—NADIE PUEDE AYUDARME YA. DÉJEME...
DÉJEME...

—Insisto, señor Chandford.

—¡DÉJEME! ¡VÁYASE!

Lex se quedó callado unos momentos. El cerebro de Chandford parecía negarse a seguir dialogando.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Dígame, señor Chandford, ¿no le gustaría que el culpable de su actual situación fuese castigado?

—SÍ. ES UN CANALLA...

—Muy bien, nosotros, es decir, Myra Darben y yo, estamos aquí para eso precisamente. Pero usted debe cooperar. ¿Lo hará?

—SÍ. ¿QUÉ ES LO QUE QUIEREN DE MÍ?

—En primer lugar, conocer los objetivos de Tynson.

—ÉRAMOS CINCO CIENTÍFICOS. CADA UNO DE NOSOTROS DESARROLLABA UNA QUINTA PARTE DE UN PROYECTO CIENTÍFICO. UNA VEZ HUBIÉRAMOS TERMINADO, CADA PARTE, UNIDA A LAS OTRAS, FORMARÍA UN TODO ARMÓNICO Y EFECTIVO...

—¿Con qué objeto? —preguntó Lex, al ver que la respuesta se interrumpía súbitamente.

—AÚN NO LO SÉ BIEN DEL TODO. SÓLO PUEDO HABLAR DE MI FRACCIÓN. DESCONOZCO EL ESTADO DE LOS TRABAJOS DE LOS OTROS...

—Pero los otros están aquí. Es decir, hay tres más; falta uno solamente, el profesor Darben.

—¿HA DICHO QUE HAY TRES MAS AQUÍ, CONMIGO?

—Sí, en efecto. La señorita Darben y yo estamos contemplando esos tres cerebros... Yo creía que usted lo sabía.

De pronto, Myra, que seguía con gran interés el diálogo entre Lex y el cerebro de Chandford, estiró el cuello un poco y pegó sus labios al oído del joven.

—Lex —musitó —, Chandford no sabe, no puede saberlo... ¿No ves que está ciego?

Aquellas palabras fueron como una revelación para el joven.

Chandford podía pensar y contestar a sus preguntas, pero sólo realizaba una actividad puramente mental. Carecía de sentidos físicos.

Quiso seguir haciéndole preguntas, pero en aquel instante, una luz osciló repentinamente sobre el dintel de la puerta de acceso al laboratorio.

—¡Viene alguien, Lex! —exclamó Myra alarmada.

Capítulo XIII

La mente del joven reaccionó con rapidez.

Era imposible huir del laboratorio por medios ordinarios. Volviéndose hacia la muchacha, exclamó:

—Myra, ¿podríamos trasladarnos de nuevo al punto de entrada?

—Sí, Lex.

—Entonces...

Lex corrió hacia la puerta y deslizó el cerrojo en sentido contrario. Luego, en dos saltos, se reunió de nuevo con la joven y la abrazó estrechamente.

—¡Aprisa! —murmuró a su oído.

Una fracción de segundo más tarde, se hallaban en la base de las cúpulas. Tendidos en el suelo, contemplaron el interior del laboratorio.

La puerta se abrió. Tynson, el desconocido y tres personas más, entraron en la estancia.

—Vaya —murmuró Lex, al reconocer a Shanita Hoolam y a «Cara de Piedra».

El otro era un sujeto a quien no había visto nunca. Su aspecto físico no predisponía a pensar bien de él.

—¡Alguien ha entrado subrepticiamente en el laboratorio! —gritó Tynson, descompuesto por la cólera—. ¡Es preciso buscarlo en el acto! ¡La temperatura ha bajado y si no restablecemos prontamente el mismo grado térmico, nuestros trabajos se irán a paseo!

—Bueno, pero, ¿por dónde ha entrado ese sujeto?

El que había hablado era el otro científico. Lex se dio cuenta de lo falso de su situación en aquel punto.

—Tenemos que escabullimos de aquí, Myra —susurró.

—Sí, pero, ¿adónde?

De repente, Tynson se volvió hacia «Cara de Piedra».

—Me imagino quién es... la invasora —dijo—. Tengo un medio infalible para obligarle a entregarse.

—Hablan de ti, Myra —musitó Lex.

Tynson dio una orden:

—Tráiganlo en el acto, Goggan.

—Sí, señor.

Goggan y el otro sujeto abandonaron el laboratorio. De pronto, el científico desconocido que estaba observando la consola de los televisores, lanzó una exclamación:

—¡Tupper!

Tynson se acercó al sujeto.

—Dime, Brung.

—Mira, alguien ha estado enredando en la consola. El indicador de conexión está encendido... ¡y nosotros lo dejamos apagado al salir del laboratorio!

Tynson emitió un horrible juramento.

—No voy a tener otro remedio que deshacerme de ella —mascullló.

De repente, Goggan y su compinche aparecieron en el laboratorio. Myra ahogó un grito. Su padre venía entre los dos rufianes.

Lex oprimió con fuerza el brazo de la muchacha.

—No grites o estamos perdidos —murmuró.

Tynson dio unos cuantos pasos y se separó de la batería de cerebros.

—¡Myra Darben! —gritó—. Tengo a su padre en mi poder. Entréguese inmediatamente, si no quiere que le suceda algo.

Lex observó que Félix Darben parecía abatido, como ausente de cuanto le rodeaba.

«Está drogado», pensó.

—¿Me ha oído usted, Myra? —gritó Tynson nuevamente—. Escuche, le doy un minuto de plazo...

De súbito, el llamado Brung estiró el brazo y señaló un punto en la cúpula de vidrio.

—Allí, Tupper —dijo.

Lex se volvió hacia la muchacha.

—Entrégate —indicó en voz baja—. Distráelos, hazles perder tiempo. Yo trataré de salvaros, utilizando otra vía. Sobre todo, entretenlos el mayor tiempo posible.

—De acuerdo, Lex —asintió ella.

Lex alargó una mano y se llevó uno de los pendientes de Myra. Luego, silenciosamente, echó a correr por el remate liso del muro que sostenía las dos cúpulas. Mientras corría, oyó la voz de Myra a sus espaldas:

—¡Tynson! ¡Me entrego!

Sonó una risotada. Myra apareció en el hueco.

—Necesito una escalera —dijo serenamente. Tynson continuaba riendo casi como un demente.

—¿Una escalera? ¿La necesitó hace unos momentos?

Myra se mordió los labios. Hizo un signo de asentimiento y, un segundo después, se hallaba en el suelo del laboratorio.

Tynson avanzó hacia ella.

—Lo siento, pero usted es demasiado peligrosa —dijo—. Tengo que quitarle el acelerador temporal.

Myra retrocedió un par de pasos.

—No ponga sus manos sobre mí —dijo, con ojos llameantes por la indignación.

—Si lo hace usted voluntariamente...

—Lo haré en una habitación donde pueda estar a solas.

—Comprendo sus escrúpulos, pero no me fío de usted. ¡Shanita!

—¿Señor Tynson? —contestó la mujer.

—Acompañe a esta chica tan bonita y cuide de que no nos juegue una mala pasada —Tynson lanzó a Myra una feroz ojeada—. Su padre responde de sus actos —advirtió.

Myra hizo un signo de asentimiento. Contempló a su padre con inmensa lástima. Félix Darben parecía hallarse ausente de cuanto le rodeaba.

—No quiero que lo convierta en un cerebro conservado en alcohol, pero vivo, a pesar de todo —dijo.

—Ah, de modo que ya lo sabe, ¿eh? —contestó Tynson con acento sarcástico.

—Creímos que era amigo nuestro —acusó Myra.

Tynson se encogió de hombros.

—Más amigo soy de mí que de nadie —respondió con singular cinismo —. ¡Vamos, estamos perdiendo el tiempo!

Myra y Shanita abandonaron el laboratorio. Tynson dio una orden:

—Tenemos que eliminar los efectos de la droga del organismo de Darben —dijo—. Encárgate tú de ello, Brung.

—Está bien, Tupper.

Tynson sonrió.

—Brung, pronto podrás cantar victoria. Dentro de veinticuatro horas, podrás decir que te has multiplicado por cinco.

—Las pruebas no han resultado muy satisfactorias —se quejó Brung.

—Faltaba uno, pero ya lo tenemos. Conseguiremos buenos resultados, ya lo verás.

—Pero tú has prometido a la chica que...

Tynson emitió una cínica carcajada.

—¡Promesas, bah! Simplemente, no quería interferencias en mi labor. Anda, ocúpate de que Darben vuelva a la normalidad. Y no le pierdas de vista un solo segundo.

—De acuerdo.

Tynson abandonó el laboratorio, caminó a lo largo de un corredor y se detuvo ante una puerta, a la que llamó con los nudillos.

—¡Shanita!

—Un momento, señor Tynson —contestó la mujer.

Tynson aguardó cosa de un minuto. Luego, la puerta se abrió y una recia mano apareció, sosteniendo un ancho cinturón de un par de centímetros de grosor, con una gran hebilla metálica de singulares características.

Tynson se echó a reír al apoderarse del cinturón.

—Ya puede dejarla suelta, Shanita; ahora es inofensiva.

Myra salió a los pocos momentos, arreglándose los revueltos cabellos con ambas manos. Sus ojos despedían chispas de indignación.

—¿Y ahora? —dijo lacónicamente.

—Lo siento —respondió él—. Necesito a su padre.

—¡Pero usted prometió...!

Tynson hizo una señal. Shanita sujetó a Myra por detrás, aferrándole ambos brazos con sus poderosas manazas.

—¡Enciérrela! —ordenó Tynson secamente.

Myra no intentó forcejear. Sus ojos miraron a Tynson con infinito desprecio.

—Traidor —musitó.

Y luego, sin oponer resistencia, se dejó llevar por aquella voluminosa mujer, cuyas fuerzas parecían las de un gigante.

Tynson regresó al laboratorio.

Darben estaba sentado en una silla. Brung le contemplaba con infinita curiosidad.

—¿Está ya? —preguntó Tynson.

—Dentro de unos minutos —contestó el otro.

—Muy bien.

Tynson se acercó a la consola de mandos y la examinó un momento con gran atención.

—¿Qué les habrán preguntado? —murmuró.

Puso la máquina en funcionamiento. Acercó sus labios al micrófono y se dirigió a uno de los cerebros.

—¡Painter! ¿Me oye usted?

—Sí. LE OIGO PERFECTAMENTE. PERO ¿POR QUÉ NO ME DEJA DESCANSAR? ME SIENTO MUY FATIGADO...

—¡Tonterías! —bufó Tynson—. Estando como está, no puede sentir la menor fatiga. Dígame, ¿ha estado hablando con usted Myra Darben?

—NO.

Tynson pulsó otra palanquita y dirigió la misma pregunta al cerebro de Steany. La respuesta fue igualmente negativa.

MacLaren le pidió también descansar. Tynson hizo caso omiso de tal petición y le preguntó si Myra había conversado con él.

—NO SÉ QUIÉN ES ESA MUJER —contestó el cerebro.

Tynson suspiró.
—Ya sólo queda uno —dijo.
Se acercó a la pantalla correspondiente a Chandford.
La respuesta no podía ser más sorprendente.

—YO NO HE HABLADO CON MYRA DARBEN. HE HABLADO CON UN TAL LEX GARD...

Un rugido de rabia se escapó de labios de Tynson al leer aquellas palabras en la pantalla.
—¡Gard! —repitió, con un grito de cólera—. ¡Debí haberlo supuesto!
Giró en redondo y se volvió hacia «Cara de Piedra» y su compinche.
—¡Gard está dentro del laboratorio! —exclamó—. Es preciso buscarlo inmediatamente.
Su boca se deformó en una terrible mueca de odio.
—Encuéntrenlo y mátenlo en el acto —ordenó tajantemente.
Brung le contempló con gesto de preocupación.
—Tupper, ¿no estarás pasándote de la raya? —preguntó.
Mientras los dos rufianes salían, Tynson miró a Brung airadamente:
—¿Quieres o no quieres multiplicarte por cinco? —preguntó.
—Hombre, tienes unas cosas...
—Entonces, deja que yo dirija las operaciones —le interrumpió Tynson abruptamente—. ¿Está listo Darben? —preguntó—. Aun con el cuerpo intacto, podemos hacer la primera experiencia de prueba total.
—Faltan un par de minutos para que recobre, por completo, el conocimiento —respondió Brung—. La droga era muy fuerte...
—Está bien. Voy a empezar a prepararlo todo. Si la prueba da resultado...
Volvió la vista hacia la campana de vidrio vacía y dejó escapar una satánica carcajada.
—La prueba saldrá bien, Brung —exclamó—. Y dentro de unos días, tú poseerás, no sólo los conocimientos, sino el poder mental de cinco seres de inteligencia privilegiada. ¡Nadie podrá compararse contigo en lo sucesivo!
Brung sonrió. Sentíase halagado por aquellas palabras.
—Valdré como cinco —murmuró.
Tynson le contempló con sibilina sonrisa.
«Pero me obedecerás a mí, única y exclusivamente a mí», pensó.
Brung era un imbécil, se dijo. Sí, poseería una inteligencia fenomenal...

pero él no sería el dueño, sino un esclavo del hombre que había ideado el plan para extraer los conocimientos a cinco distinguidos científicos.

Capítulo XIV

Mientras Myra se entregaba, Lex corrió a lo largo del liso borde del muro. Podía ver claramente lo que ocurría en el interior dé la cúpula, pero ahora, después de lo ocurrido, se daba cuenta de que la opacidad de la cara externa del vidrio impedía que los otros le vieron a él.

De pronto, llegó al comienzo de otra cúpula de tamaño similar, cuyo arranque estaba situado casi en contacto con la base de la primera. Lex decidió que aquél sería un buen medio de penetrar en el laboratorio por otro sitio, posiblemente sin vigilancia en aquellos momentos.

Arrodillándose en el suelo, cortó un círculo de vidrio de metro y medio de diámetro. Dio un codazo y el vidrio saltó.

El resplandor proveniente de la otra cúpula le permitió ver una estancia análoga a la anterior. Sólo había una gran máquina en el centro y Lex supuso que debía de tratarse del generador que proporcionaba luz y energía al laboratorio.

La distancia era también de seis metros. Puesto que no podía bajar de otra manera, tuvo que descolgarse, empleando las manos. Los pies quedaron a tres metros del suelo. Cayó, flexionó las rodillas, rodó por tierra a pesar de todo, pero se levantó ágilmente.

Corrió hacia la puerta y la abrió. Un extenso corredor, flanqueado por algunas puertas, apareció entonces ante su vista.

Oyó la voz de Tynson. El hombre hablaba a lo lejos. Lex, asomando apenas la nariz, le vio recoger algo. Luego divisó a Myra, que salía seguida de Shanita Hoolam.

La distancia era excesiva para captar los sonidos con claridad. Lex aguardó unos momentos. De pronto, vio que Shanita agarraba a la muchacha por los brazos y la encerraba en una habitación.

Tynson se había ido ya. Lex terminó de abrir la puerta y corrió a lo largo del corredor.

Shanita estaba muy ocupada con la llave de la puerta. Cuando oyó los pasos del joven, se volvió.

Una chispa de ira brotó de sus menudos ojuelos. Lex levantó la mano derecha, con la que sostenía la pistola térmica.

—Un movimiento más y la abraso —dijo.

Shanita echó a andar hacia él.

—Usted no es capaz de disparar contra una mujer y menos si ésta no lleva armas —dijo, en tono desafiante.

Lex vaciló un instante. Shanita tenía razón.

—Es cierto —dijo—. No puedo disparar contra usted.

Ella rió despectivamente. Sus manos empezaron a alargarse hacia la

garganta del joven.

Pero no se dio cuenta del movimiento del pulgar de Lex, que estaba situando la pistola en mínima intensidad térmica. El arma podía fundir los metales más duros en su grado máximo o emitir unas descargas de baja temperatura... lo justo para provocar la ebullición de un recipiente de agua en pocos minutos.

Lex alzó la pistola y calentó las manos de Shanita. Si hubiese disparado en grado máximo, las habría volatilizado en el acto.

Shanita lanzó un aullido de dolor. Lex le envió otro chorro de calor al pecho.

Ella retrocedió, tambaleándose con violencia. Lex, implacable, continuaba acosándola.

—¡Vuélvase! —ordenó.

Bramando de ira, Shanita obedeció. Entonces, Lex, sin el menor escrúpulo, le asestó un terrible golpe en la cabeza. Shanita se desplomó fulminada.

—No es un proceder muy galante —murmuró él—, pero es que de mujer sólo tiene la figura.

Abrió la puerta. Myra le contempló desde el fondo de su encierro con ojos de pasmo.

—¡Lex!

El joven sonrió.

—Necesito tu ayuda —pidió.

Myra corrió hacia él. Vio el cuerpo de Shanita y se estremeció.

—¿Está...?

—No. Sólo desmayada. Pesa como una ballena, Myra.

La muchacha sonrió.

—Comprendo.

Entre los dos, trasladaron el inanimado cuerpo de la mujer al interior de la estancia.

—¿Y ahora? —preguntó Myra.

—Se aproxima el desenlace —respondió él—. Vamos.

—Sí, Lex, se aproxima, en efecto.

Se dirigieron hacia la puerta. Ella dijo:

—Lex, Tynson me ha quitado el acelerador temporal.

—¿El acelerador? Ah, ese cacharro que te permitía dar un salto de cien metros en menos de un segundo, ¿no es cierto?

—Sí. Ahora está en su poder.

—Bueno, lo recobraremos dentro de unos minutos —contestó Lex tranquilamente.

Se asomó a la puerta. En el mismo instante, Goggan y su compinche aparecían por la puerta que daba al laboratorio.

Lex retrocedió vivamente. Tropezó con Myra y ella se extrañó de su acción.

—¿Qué ocurre, Lex?

—Calla, por favor.

«Cara de piedra» y su compinche desfilaron a la carrera. Lex los vio a través de una rendija. Un gesto de preocupación se dibujó en su cara.

—Están buscándonos —dedujo acertadamente—. No conseguiremos nada positivo, mientras anden sueltos por ahí.

Goggan y el otro habían desaparecido en la otra sala circular. De pronto, Lex echó a correr en la misma dirección.

Alcanzó la puerta. En aquel preciso instante, oyó la voz de «Cara de Piedra».

—Aquí no está. Vámonos, buscaremos por todas las otras habitaciones.

Lex se situó a un lado de la puerta. Los dos rufianes salieron un instante después.

—Será mejor que dejen de correr —dijo Lex—. Estoy apuntándoles con una pistola térmica y abrasaré al primero que mueva una pestaña.

Goggan y su compinche parecieron convertirse en sendas estatuas de piedra. Sin necesidad de más palabras, levantaron ambas manos.

—Vamos, caminen —ordenó el joven.

Myra apareció en el corredor.

—Muy listo —murmuró Goggan—. Pero no le servirá de nada; no podrá salir de aquí...

—Cállese —ordenó Lex secamente—. Myra, regístralos con cuidado.

Momentos más tarde, Goggan y su compinche hacían compañía a Shanita. Lex cerró la puerta con doble vuelta de llave, la que guardó acto seguido en un bolsillo.

Fijó la vista en la muchacha.

—Es hora de que lancemos el ataque definitivo —dijo.

Myra asintió. Estaba pálida, pero se la veía resuelta.

—Haré lo que tú digas, Lex —contestó.

El joven echó a andar. Ella le siguió sin la menor vacilación.

Alcanzaron la puerta del laboratorio. Lex la empujó suavemente, lo justo para ver lo que sucedía en su interior.

Tras él, Myra emitió un apagado gemido.

—Mi padre...

—Por favor —recomendó él en voz baja.

Félix Darben estaba tendido sobre una especie de mesa de operaciones, con un casco de gran tamaño puesto en su cabeza. Al lado de él, había otra mesa y sobre ella estaba Brung, con un casco análogo.

Las mesas, sin embargo, no eran totalmente horizontales, sino que tenían una inclinación de unos 20 grados. Un saliente en la parte inferior

servía para que el paciente apoyara los pies, evitando así su deslizamiento hasta el suelo.

Cada casco terminaba en una especie de antena, de un metro de longitud, con infinidad de ramificaciones laterales, de cada una de las cuales partía un finísimo cable metálico. Todos los cables se reunían en uno solo, el cual iba a parar a una especie de consola de mandos, situada a dos metros y entre ambas mesas.

La consola estaba colocada de tal forma, que Tynson podía ver fácilmente los rostros de ambos pacientes. Un pequeño estrado, de unos veinticinco centímetros de altura, sustentaba la consola.

Tynson se hallaba de espaldas a la puerta, manejando los controles.

—Esto no marcha —gruñó—. La variación de temperatura ha afectado a los instrumentos. Tendremos que suspender la operación, hasta reparar los desperfectos de la cúpula.

—Pero ¿no puedes hacer una prueba siquiera? —pidió Brung.

Tynson vaciló un momento.

—Está bien —contestó—. Prepárate.

Tynson movió sus manos rápidamente. Numerosas lucecitas de todos los colores centellearon de pronto en un sector del panel de mandos.

—¡Empiezo a sentir los pensamientos de Darben! —dijo Brung de pronto, con acento de satisfacción.

—¡Magnífico! Una prueba más y...

Lex decidió que ya era hora de intervenir.

—Me parece que ese experimento ha quedado suspendido —dijo, irrumpiendo súbitamente en el laboratorio.

Tynson se revolvió como picado por un áspid.

—¡Usted! —dijo con un rugido.

—Yo mismo —contestó el joven serenamente—. Y aquí, a mi lado, como puede ver, está Myra Darben.

Hubo una corta pausa de silencio. Lex encañonó firmemente a Tynson.

—Si intenta algo, le mataré —dijo—. Estoy acordándome ahora de un hombre decente, llamado Ayrton. ¿Lo recuerda usted?

Tynson parecía devorar la furia que le consumía por dentro.

—Está trastornando el experimento más sensacional de todos los tiempos —dijo.

—A costa de la vida de unos inocentes, ese experimento no tiene nada de ciencia, sino de crimen —contestó el joven—. Myra, suelta a tu padre.

—Sí, Lex.

Ella dio un pequeño rodeo y se situó junto a la mesa en que hallaba su padre. Darben la contempló con mirada vacua, inexpresiva.

—¡Papá! —gimió ella.

De pronto, agarró el casco con ambas manos, lo arrancó de la cabeza de

su progenitor y lo lanzó a lo lejos.

—¡No haga eso! —chilló Tynson.

Era ya tarde. El casco cayó al suelo y rebotó un par de veces, despidiendo unos relámpagos azules, junto con unos secos chasquidos, semejantes a los de una descarga eléctrica de gran intensidad.

Se oyó un alarido aterrador. Myra volvió los ojos.

Brung se retorcía epilépticamente en su mesa. Nubes de humo, más bien de vapor, brotaban del casco que aún tenía puesto en la cabeza.

—¡Lo ha matado! —bramó Tynson.

Brung dejó de moverse súbitamente. Su rostro se oscureció, mientras los ojos parecían ir a estallarle. Su cuerpo se relajó totalmente al cabo de unos terribles segundos. Las nubes de vapor ascendieron hasta disiparse por completo.

—Ha destruido mi obra de muchos años —dijo Tynson rabiosamente —. No se lo perdonaré jamás.

—Usted no está en situación de perdonar, sino de que le perdonen —dijo Lex fríamente—. Y eso es algo que veo muy difícil, sobre todo, si se piensa en los hombres a quienes asesinó sin piedad, con tal de satisfacer sus morbosas ansias de poder. Sólo un individuo de gran capacidad mental, pero de escasas luces, como era Brung, podría haber accedido a participar en su diabólico plan.

—Brung iba a reunir en sí los conocimientos de cinco hombres —dijo Tynson.

—El plan de las cinco partes que iban a componer, reunidas, un todo armónico, ¿no es eso?

Tynson asintió.

—Sí —confirmó secamente.

—¿Quién ideó el plan?

—Yo. Encomendé a cada uno que desarrollara su parte —respondió Tynson—. Les di un esquema de lo que necesitaba. Tenían la suficiente inteligencia para hacerlo, aunque no lo comprendiesen totalmente.

—Y luego quería subyugarlos por completo, subordinándolos a su autoridad de un modo absoluto.

—Era imprescindible —dijo Tynson—. Podían surgir complicaciones posteriores, que sólo una persona, en la cual se reuniesen las mentes de los cinco, podría resolver. Ustedes la han matado —añadió rencorosamente.

—Eso se compagina muy mal con el chantaje de que les hacía objeto —alegó el joven.

Tynson se encogió de hombros.

—No fueron elegidos al azar, sino después de una detenida selección. Todos ellos eran científicos que, literalmente, trabajaban por amor al arte. Todos poseían una gran fortuna. Yo necesitaba dinero.

—Y los despojó de ese dinero sin el menor escrúpulo, amenazándolos de muerte previamente, para luego «perdonarles» la vida a cambio de una elevada suma. Lo cual no les libró del destino que usted les había trazado de antemano.

—No importaban los medios en absoluto —contestó Tynson.

—Ya, para usted sólo contaban los fines... ¿Qué fin perseguía con sus alucinantes experimentos?

Tynson se irguió.

—El acelerador total del tiempo —respondió.

Lex pegó un respingo.

—¿Cómo?

—Existe un acelerador, pero sólo alcanza un par de segundos como máximo. Yo quiero que sea total.

—Vamos, que sea como una especie de máquina del tiempo, ¿no es así?

Tynson asintió.

—Estoy muy enfermo —contestó sorprendentemente.

Myra se tapó la boca con una mano.

—¿Enfermo? —murmuró.

—Sí. —Tynson tendió sus manos—. Ustedes no lo ven; es una enfermedad desconocida, cuyo origen es asimismo desconocido. Sencillamente, se trata de una disgregación celular, que no tiene remedio. Moriré en el plazo de unos meses... a menos que consiga trasladarse a una época en el futuro en que esa enfermedad sea conocida y curable.

Lex estaba atónito.

—Y para vivir usted... arrebató la vida a unos cuantos seres inocentes —dijo.

Tynson se encogió de hombros.

—Cuando uno quiere vivir, todos los medios le parecen lícitos. Brung habría reunido los conocimientos de esos cinco hombres y en unas semanas me hubiese construido el acelerador total. No era muy listo, pero sí poseía una retentiva fabulosa y una gran destreza mental. Todos los conocimientos logrados en ese campo por Chandford, Darben y los demás, habrían pasado a su cerebro, encajando como las piezas de un rompecabezas. Cada uno de los otros era incapaz, por sí solo, de lograr el acelerador total. Brung lo hubiera conseguido, insisto.

Lex arrojó una mirada a las campanas de vidrio que contenían los cerebros humanos. Tynson le imitó un instante.

—Usted los mantiene con vida —dijo—. Ellos quieren descansar.

—Lo siento —respondió Tynson—. Todavía no he terminado de... extraer todos sus conocimientos.

—Sus dueños fueron asesinados. Los cerebros fueron raptados

veinticuatro horas después de su muerte. ¿Cómo... consiguió hacerlos revivir?

—El puñal que les causaba la muerte física, estaba impregnado de una sustancia conservadora de las células cerebrales, que era llevada por la sangre, en los últimos espasmos circulatorios.

—¿Y no pudo aplicarse, esa sustancia a sí mismo? —preguntó Lex, atónito.

—Mi enfermedad no es celular propiamente dicha, sino de disgregación de las células —contestó Tynson—. Sencillamente, se van separando con mayor rapidez día a día. —de nuevo extendió sus manos—. ¿No ven mis dedos, mucho más delgados de lo que corresponde a mi edad y peso? He perdido diez kilos en los dos últimos meses y no he podido recuperarlos pese a los esfuerzos realizados. Si en el plazo de dos meses más —afirmó— no consigo trasladarme a un futuro de cien años por lo menos, moriré irremisiblemente.

Hizo una corta pausa.

—El acelerador actual sólo traslada a las personas a unos segundos adelante o atrás en el tiempo —manifestó—. Yo me anticipaba al tiempo real de mi víctima y retrocedía luego instantáneamente, volviendo al tiempo normal. ¿Qué era lo que hacía Myra Darben con su acelerador personal?

Lex dirigió una mirada a la muchacha, quien permanecía inmóvil junto al cuerpo todavía inconsciente de su padre.

—Y esos sujetos, y Shanita, eran los ejecutores de la parte más turbia de sus planes —dijo Lex.

—Para ciertas cosas —admitió Tynson—, necesitaba gente experta.

—Hampones, en suma. ¿Qué pasó con Stoll?

—Pude darme cuenta de que iba a delatarme. Tuve que eliminarlo... valiéndome de una onda de radio, que activó un dispositivo de electrocución que llevaba en su cinturón acelerador. No lo sabía, claro.

—Un medio de asegurarse de posibles riesgos —murmuró Lex.

—Sí —convino Tynson llanamente.

Hubo una pausa de silencio. Lex recordó en aquel momento unas frases que su amigo Mac había pronunciado tiempo atrás, al conocer la noticia del primer asesinato: «El asesino se adelantó, le apuñaló y volvió atrás inmediatamente». Y en realidad, aunque no del modo que había imaginado el tabernero, así había sucedido.

—Tiene que responder de sus crímenes, Tynson —dijo Lex al cabo.

Tynson meneó la cabeza.

—Lo siento —contestó—. Me voy.

Lex alzó la pistola. El científico desapareció un instante, para reaparecer junto a la puerta del laboratorio.

—¡Está usando el acelerador temporal! —gritó Myra.

Tynson alargó la mano y asió el pomo. Lex vaciló. ¿Llegaría tan lejos la descarga de su pistola térmica?

De repente, Tynson lanzó un chillido espeluznante.

—Me estoy disgreg...

Un horrendo gorgoteo brotó de su laringe. Se tambaleó, mientras su cuerpo parecía deshacerse con repelente lentitud en una lluvia grisácea, que caía lentamente al suelo.

Lex comprendió inmediatamente lo que ocurría. El repetido uso del acelerador temporal había apresurado el proceso de su enfermedad.

Tynson cayó de rodillas. Sus facciones se borraban rápidamente. Sólo movimientos espasmódicos, cada vez menos frecuentes, se producían en aquel cuerpo que perdía su forma por segundos.

Un minuto después, sólo quedaba en el suelo un montón de materia informe. El silencio era absoluto.

Lex se volvió un instante. Myra parecía a punto de desmayarse.

—Espera un momento —dijo.

Ella asintió Lex contempló las campanas de vidrio. Había que hacer algo en favor de aquellos cerebros que, sin cuerpo, continuaban viviendo y pensando.

Le pareció que cometía un asesinato, pero su pulso no tembló cuando bajó la palanca que cortaba la conexión del generador de fuerza con el laboratorio. Parada la maquinaria que mantenía con vida los cerebros, éstos seguirían muy pronto el camino de los cuerpos a los que habían pertenecido.

Cuando cortó la conexión, creyó oír cuatro voces agradecidas en el interior de su mente. Con paso sereno, regresó al laboratorio.

Myra y su padre le aguardaban.

—Hay mucho que hacer todavía —dijo él.

Ella asintió.

—Sí, pero que sea para el bien de las gentes —contestó.

EPÍLOGO

Myra le dio una explicación acerca del raro fenómeno que había observado durante su estancia en el laboratorio viejo. Probablemente, dijo la muchacha, había traspasado, sin darse cuenta, alguna barrera temporal, creada experimentalmente por Tynson, pero que no servía a sus fines. Era un salto demasiado corto en el tiempo y Tynson necesitaba mucho más, un centenar de años, como mínimo.

Al fin, abusar del acelerador personal, había precipitado el desenlace de su enfermedad, matándole precisamente del mismo modo que con tanto empeño y a costa de vidas de otros había querido evitar.

—Hay una cosa que no he conseguido explicarme todavía —dijo él, algún tiempo después—. ¿Cómo conseguí reproducirte de un modo tan fiel en aquella portada que me hizo famoso?

Ella sonrió maliciosamente.

—Tal vez te inspiré yo el retrato... posando para ti desde otro plano temporal... y también psíquico, ¿no crees?

Lex la contempló con asombro.

—¿De veras ocurrió así? —preguntó.

Myra le abrazó amorosamente.

—Estaba dentro de ti y tú me retrataste porque sentías ansia de tenerme a tu lado. No hay ninguna otra explicación, querido —murmuró.

Lex la besó tiernamente. Minutos más tarde, se puso en pie.

—Me voy —dijo.

—¿Adonde? —preguntó ella con asombro.

—Cerca de casa —contestó él—. Todos los días suelo ir a tomar una copa en la taberna de Mac...

—Eso era antes, querido —le interrumpió Myra—. Ahora ya estamos casados y no necesitas irte de parranda con tus amigotes.

Lex se escandalizó.

—¿Cómo? Pretendes ya erigirte en la dueña absoluta de esta casa... y de su inquilino?

—Bien, si prefieres un «especial» preparado por Mac al que yo te pueda preparar...

El joven sonrió. Acercándose a Myra, la abrazó con fuerza.

—Querida, la elección no ofrece dudas —contestó.

FIN